

a miseria de la supervivencia, lleva al pensamiento a refugiarse en la banalidad común del racionalismo. La técnica invade la vida transformándola en una secuencia de operaciones, en una correspondencia lineal de causa y efecto, en una interpretación mecánica del mundo, ajena al Yo.

Sin embargo, algo se escapa. La megamáquina es solo una construcción interpretativa, un concepto, un proyecto irrealizable. La cantidad nunca podrá superponerse a la calidad, estas nunca coinciden y jamás coincidirán. Quien escribe conserva aún la convicción –quizás para algunxs una ilusión ingenua–, de que la dominación nunca podrá ser total, existe una dimensión incontrolable que la rehúye. En ella se incluye la singularidad propia del individux.

El camino de cada individux está salpicado de miradas, pensamientos, conocimientos, habilidades, reflexiones, instintos repentinos, impulsos destructivos, delirios incomprensibles, actos creativos... tratar de encasillar la complejidad de este mundo en una revista es, en sí mismo, una limitación y una falta de respeto, pero también es una manera de valorizarlo, diseminando entre aquellxs que puedan captarlo los fragmentos, dando vida a una nueva singularidad. Por eso nace esta revista, para dar rienda suelta a esa dimensión aún salvaje, que algunas individualidades nutren con pasión y cariño.

Una revista sin instrucciones de uso, para saborear despacio, fuera del agitado tiempo que envuelve nuestras existencias, escritos e ideas que no necesariamente viven en presente, y a veces ni siquiera en el pasado y mucho menos en el futuro.

Es difícil explicar y resumir algo que no tiene en sí mismo, y no quiere tener, una definición, una determinación. Queremos cuestionarnos, partiendo del lenguaje, experimentando. Poesía, prosa, canciones, imágenes, cuentos, disertaciones que huelen a filosofía... todo lo que atraviesa a nuestros cuerpos y pueda transformarse en palabras escritas encontrará un lugar en esta publicación.

Por tanto, no encontrarás certezas, que no son otra cosa que tristes cadenas, sino ideas expresadas con determinación, la voluntad de alejarse de la inmediatez comunicativa, el rechazo de la dimensión tecnológica. Las certezas son enemigas. Son dogmas, como la Religión, incluida la Ciencia, el Estado y la Humanidad. Queremos profanar la sacralidad. Bajando, o subiendo (¿quién dice que el camino será cuesta abajo?) en el abismo de la duda.

No hay recetas (quizás algunas sí, ja ja ja). No se tiene la presunción de decir verdad alguna (otra triste cadena). Quien lea esta revista podrá, si lo desea, saborear libremente cada palabra y encontrar un significado (o más) sin necesidad de manuales. No existe el todo ni el contrario de todo, o tal vez sí. Porque el caos es propicio. Ciertamente, no tenemos la voluntad de darle sentido al todo va bien, ni a las interpretaciones bellas, porque quien escribe parte del punto de vista individual que, como tal, siempre chocará con el de altrxs. Las perspectivas son claras, para quien escribe.

A un autor contemporáneo, desconocido para muchxs, una vez le preguntaron por el significado de la escritura en estos tiempos, después de tantos siglos de literatura, y respondió que todo se puede decir de infinitas formas: y ese, es el sentido de seguir escribiendo, una y otra vez, para decir cada vez mejor con otra lucidez, con otra fuerza y, poesía, aquello que deseamos expresar. Como cada individuo del que brota, igual sólo a sí mismx, su producción literaria resulta única.

Creemos que el significado de esta revista se puede resumir parafraseando esta cita: hay y ha habido análisis agudos, filosofías apasionantes, literatura incisiva, pero siempre hay algo propio que podemos aportar. Nos reconocemos en la crítica radical a realidad, y en un enfoque negativo del análisis de lo existente y del actuar que queremos impulsar y practicar; sobre todo, en un período histórico donde la consigna sustituye a la reflexión, y la crítica pelea por encontrar su legitimidad, abrumada por los megáfonos del poder y las bocas grises de los siervos que repiten el guión cada vez con más arrogancia, cada vez más vehemente sorda.

Nos dirigimos a cualquiera que haga de la guerra a este mundo con un instrumento de introspección y crítica: con el deseo de ver el cielo denso por la neblina de sus escombros humeantes, ni siquiera escatimamos el desafío de convertirnos nosotrxs mismxs en campo de batalla.

Conscientes de que incluso en el mejor de los mundos (im)posibles, habrá siempre personas refractarias al status quo y, convencidxs de que este mundo jamás vendrá, nos preocupamos por el tiempo presente, de las devastaciones del poder y de las pequeñas y grandes miserias que también nosotrxs guardamos en nuestro vientre. ¿Destruir para luego construir? Pero, mientras tanto destruyamos. El mañana no existe, pero sí la probada alegría de ese momento en que cae un muro o dogma o un enemigo; esa es la afirmación de que la vida tiene la posibilidad de descubrirse feliz.

ABRAZAR EL CAOS

El anarquismo, como teorización –orientada a la práctica– de un ideal humano de libertad y de los medios para alcanzarla, habiéndose desarrollado en el albor de la civilización occidental, es por su naturaleza hijo de las ideologías que han dominado Europa en los últimos siglos: el *cristianismo* primero y el *racionalismo* de tipo ilustrado después, ahí donde el segundo es en parte una continuación del primero. El pasaje entre los dos fue marcado por el *humanismo*, que posicionó la humanidad sobre el altar del mundo en virtud de su supuesta superioridad como especie animal racional. El amor a la *naturaleza humana* servirá de base base de muchas de las doctrinas políticas modernas, que a partir de entonces sólo teorizarán diferentes maneras de salvar y mantener unida esta hipotética gran comunidad humana universal. Como consecuencia del contexto histórico y cultural en el que se desarrolla y del que viene influenciado, el anarquismo en muchas acepciones no está privado de los defectos propios de todas las doctrinas políticas, por mucho que gran parte de las personas que animan este ideal se querrían exentas de una lógica “política” en sentido estricto.

Si la influencia cristiana sobre el anarquismo y el mito del progreso ilustrado resuenan en algunas visiones escatológicas relativas al futuro (el *sol del porvenir*, la utopía, la revolución mundial como apocalipsis final que abre las puertas a un mundo libre) –cada vez menos frecuentes en realidad–, y así como resuenan también en la identificación de algunos movimientos heréticos cristianos de la Edad Media y del Renacimiento como formas de proto-anarquismo, por otro lado la huella fuertemente racionalista emerge de manera más evidente en el *materialismo* de varios de los análisis elaborados en el ámbito anarquista y en el fuerte acento que se pone sobre los *métodos* de lucha a desarrollar, más que sobre aspectos menos racionales referentes por ejemplo al imaginario o a las tensiones existenciales del individuo en revuelta.

La elaboración de proyectos de lucha que se inspiran en un ideal anarquista se declina generalmente bajo la forma de estrategias *lógicas* y *racionales*. Teniendo claro el objetivo a larguísimo plazo, la meta utópica final a la que se tiende, que más allá de las propias aspiraciones debería incluir, se presume, las aspiraciones de la humanidad entera (el fin de cada forma de poder y desigualdad social, para una convivencia finalmente pacífica de los humanos entre ellos y con el resto del planeta), todo eso que está en el medio se concibe como orientado hacia ese objetivo, una etapa para su obtención. Según esta lógica, el actuar anárquico está arraigado en el presente pero siempre proyectado hacia el *futuro*, y la concepción de la historia que deriva de éste es progresiva y lineal, como en la tradición del occidente moderno.

Las luchas orientadas al futuro caen en la lógica de querer salvar enteras *categorías* abstractas de sujetos (la ‘humanidad’, las ‘clases oprimidas’, los ‘animales’, etc.), perdiendo de vista a los individuos concretos que están viviendo hoy una condición de opresión, nosotrxs mismxs incluidxs. Esto puede declinarse en la estrategia de empezar un largo

y tedioso trabajo de activismo, orientado no a detener o por lo menos obstaculizar a corto plazo las expresiones concretas del dominio por como éste se manifiesta aquí y ahora, sino en beneficiar hipotéticamente la entera categoría oprimida en un tiempo futuro. Esto ocurre por ejemplo cuando todas las energías son canalizadas en el intento de aumentar el “movimiento”, el grupo o la organización de la cual se forma parte, o en el trabajo de sensibilización hacia el público, que puede ocurrir a través de la propaganda teórica o con iniciativas prácticas, que sin embargo tienen el único objetivo de dar visibilidad a algunas cuestiones, y no de obstaculizar directamente eso que está ocurriendo que consideramos injusto. El vínculo entre el propio actuar y la realidad de explotación que se querría contrastar es cada vez menos directo, material, cada vez más distante y calculado; una acción ya no se realiza por el efecto concreto que produce sobre la realidad, sino con el presagio de una serie de consecuencias en cadena que se deberían realizar en un futuro *indefinido*. Esta problemática se ha agravado todavía más en los últimos años a causa de la difusión de internet y del mundo virtual, dentro del cual se expresa buena parte del “activismo”, con el efecto de que se ha añadido un mayor nivel de mediación entre el actuar y la realidad.

¿Cuántas veces hemos invertido nuestro tiempo en iniciativas que a nosotrxs y a nuestrxs afines no nos decían nada, sacrificando aquello que era más interesante para nosotrxs, que habríamos podido hacer, con la esperanza de acercar personas nuevas, por lo tanto por la estrategia *dirigida al futuro* de alargar nuestras filas o despertar las conciencias para luego un día poder hacer de verdad eso que deseamos? Nos preocupamos más de crear un movimiento ficticio de individuos simpatizantes y débiles de conciencia, que podrán hacer bulto en los raros momentos en los que las *pasiones* finalmente florecerán; que a escuchar esas mismas pasiones que nos devoran por dentro y que continuamos enterrando y reprimiendo porque están fuera de lugar, fuera de tiempo o son demasiado salvajes. En su lugar ponemos dotes como la *paciencia*, la *lógica*, el *sentido del deber* y el *autosacrificio*, a menudo impuestas por la moral colectiva y necesarias para soportar el lento proceso de construcción de luchas “sensatas”, con sus asambleas, sus coordinaciones, sus movilizaciones, sus acciones simbólicas colectivas, sus praxis que impliquen, sensibilicen e intenten generalizar nuestros discursos y nuestras prácticas fuera de los lugares habituales.

En otros casos, la perspectiva anárquica contempla una conflictualidad inmediata, tanto individual como colectiva, pero en cambio el contenido y el sentido de la rebelión parecen pasar a segundo plano, a favor de la primacía de un pragmatismo materialista que procura más por lo cuantitativo que por lo cualitativo (si no es en lo cuantitativo del número de *personas*, es en lo cuantitativo de los *daños materiales* realizados durante una manifestación, por ejemplo) y también prevé una cierta tendencia *utilitarista* respecto a las otras personas, consideradas no en cuanto a individuos sino por su potencial de golpear en cuanto a grupo.

En los últimos decenios buena parte de las teorizaciones anarquistas se han focalizado en *discursos sobre el método* de memoria cartesiana: ¿cómo elaborar formas de organización más eficaces? Estos discursos sobre el método en el fondo sirven para tranquilizarnos, porque proponen razonamientos hechos de concatenaciones lógicas de causa-efecto que parecen tener sentido y por lo tanto nos parecen plausibles. Pero esto no significa que sean más veraces y realistas que muchas otras posibles especulaciones sobre el futuro o incluso del no especular en absoluto. ¿Pensamos de verdad que nuestra escasa incidencia se debe al no haber encontrado aún la fórmula matemática correcta para modular de la mejor manera nuestras exiguas fuerzas y hacerlas interactuar exitosamente con las de las otras personas oprimidas (¿núcleos de base + grupos de afinidad = ...?)? ¿Pensamos de verdad que lo que impide darse cuenta de la propia opresión a la mayoría de la gente, y en consecuencia revelarse (nosotrxs anarquistas no estamos excluidos de este discurso, ya que a menudo nuestra rebelión está hecha solo de palabras y gestos simbólicos) es un defecto de *método*, en vez de una cuestión de *voluntad*, es decir, la falta de un cierto impulso que tiene poco de racional y que, en cambio, tiene mucho de visceral?

Las teorías sobre el método organizativo anárquico presuponen una forma de optimismo antropológico. Se trataría solo de encontrar la fórmula justa, adecuada al momento histórico concreto: es cierto que respecto al marxismo, el anarquismo pone mucho más acento en la experimentación, no propone la propia verdad como definitiva y está siempre preparado para revisar sus propias teorías en base a los resultados de la experiencia sobre el terreno. De todos modos, sigue habiendo el problema de una excesiva confianza en las masas y en un futuro que las ve involucradas; especulaciones que al fin y al cabo huyen de nuestro control. El futuro y el más allá son tan imprevisibles, caóticos e inescrutables, que no tiene sentido construir castillos sobre ellos, particularmente si estos se traducen en proyectualidades que pretenden ser racionales y concatenadas a larguísimo plazo.

Eso que llamamos futuro en realidad no existe, no es nada más que lo que aún no es, y adquiere su sentido para nosotrxs solo en cuanto proyección de algunas posibilidades que nos damos en el presente. El presente, de hecho, es la única dimensión que nos permite elegir. Es verdad que algunos objetivos necesitan pasos preparatorios y tiempo para adquirir técnicas, habilidades e instrumentos. Si deseamos hacer un salto de cuatro metros de largo, y solo sabemos saltar dos metros, podemos decidir que vale la pena tomarse tiempo para entrenarse. Pero esta preparación no puede ser infinita, no puede durar años, porque mientras tanto las condiciones a nuestro alrededor pueden cambiar por completo. Especialmente en los tiempos actuales, nos daremos cuenta de que la proyectualidad a cuya elaboración habíamos dedicado tanto tiempo, ya no es válida a causa de la rápida mutación de los acontecimientos.

Algún suceso detonante podría abrir un cráter y volver el espacio que queríamos saltar aún más amplio y, a ese punto, todos nuestros años de entrenamiento habrían sido inútiles. Los objetivos que nos ponemos y el recorrido que emprendemos para realizarlos necesitan ser revisados

constantemente, el riesgo de apuntar la propia mirada a un futuro demasiado distante se traduce en una continua renuncia de las posibilidades del presente a favor de un objetivo predestinado, que entre tanto podría alejarse cada vez más del horizonte o dejar de tener sentido. Quizás en algún momento es mejor correr el riesgo y saltar antes de que el terreno se nos escurra debajo de los pies, aunque no se tenga toda la certeza de la perfección del resultado, o buscar otros instrumentos e ideas para agilizar ese salto que no logramos hacer. Pero esto en el caso de tratarse de una serie de posibilidades que se dan sobre un mismo, otra cosa es el discurso sobre una proyectualidad que apuesta en las masas.

La atención sobre las modalidades de organizarse con las masas, o de interactuar con ellas desde un punto de vista pragmático, omite completamente un punto fundamental, es decir, omite precisamente su condición de ser *masas*. La libertad nunca será el resultado de un actuar de las masas, porque la libertad solo puede florecer de la disgregación de las masas en individuos que se auto-realizan. Por lo tanto estamos luchando por un ideal ficticio, ese de la libertad colectiva, que no puede realizarse sin una liberación que antes que nada es individual. Las teorizaciones anarquistas que especulan sobre cómo organizarse con otros componentes sociales o clases oprimidas, en qué estructuras hacerlas interactuar con el grupo anarquista, o cómo empujarlas hacia una salida insurreccional, no hacen otra cosa que perpetuar esta concepción



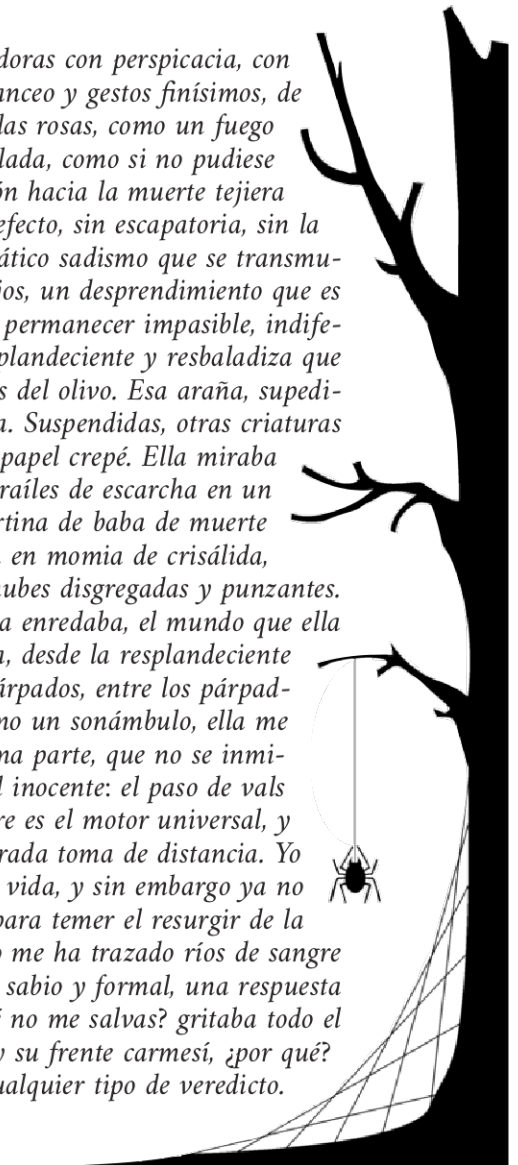
anti-individualista de las personas, invitándolas a dejarse manipular por otros en vez de descubrir una voluntad y un actuar propio.

Las hipótesis que hacemos casi nunca se realizan como lo habíamos planificado, lo que ocurre más a menudo es que los efectos no son para nada los esperados. La mente humana, y toda la realidad, funcionan de manera mucho más compleja de lo que podemos prever a través de razonamientos y pasos lógicos simplificados. ¿Por qué en cambio no nos preguntamos qué deseamos y qué estamos dispuestos a hacer *nosotrxs*, en primera persona, independientemente de eso que hacen *lxs otrxs*? ¿Por qué no intentar explorar lo que obstaculiza nuestra voluntad de actuar, en qué punto llega el cortocircuito entre nuestros deseos y el acto que los realiza? Hacerlo significaría obviamente adentrarse en un terreno más profundo, quizás más temible, en el que eso que debería ser interrogado son también nuestros miedos, nuestras frustraciones, las mentiras que nos contamos a *nosotrxs mismxs* y nuestros mecanismos de compensación. Y podremos descubrir que una de las mentiras que nos contamos es precisamente que el motivo de nuestra escasa incidencia está en el no haber encontrado

aún la fórmula organizativa perfecta o la proyectualidad más racional, que voltee la situación.

Empezar por lo tanto por *unx mismx*, por la exploración de los propios deseos y de las propias pasiones más profundas, en el pasaje que las transmuta en voluntad de actuar contra eso que nos oprime: que esto ocurra de manera caótica o desarrollando una proyectualidad propia es elección de cada *unx*, pero sin las ansias de tener que estimular un cambio, una toma de conciencia o un actuar ajeno. Trátemos de preguntarnos: ¿qué ocurriría si intentásemos poner en segundo plano la inteligibilidad y las expectativas hacia el futuro, si experimentásemos eso que deseamos verdaderamente sin la preocupación de ser comprensibles para las otras personas, y dejando a un lado las estrategias revolucionarias? Seguramente muchas de nuestras frustraciones desaparecerían y podríamos disfrutar más de los resultados realizados, ya que estos estarían dirigidos, ante todo, a satisfacer nuestro instinto de autoliberación. Y quién sabe si nuestro amor por el caos canalizado en gestos inmediatos, no puede cruzarse en alguna parte con el deseo secreto siempre latente en el corazón y en los ojos ardientes de algún otro individuo desconocido.

Ocho largas lanzas lisas, finas, manchadas de un gris perláceo, ocho tejedoras con perspicacia, con diligencia de cicatrización. Me he fijado en la araña que envolvía, con balanceo y gestos finísimos, de una precisión de apnea, una hormiga con la cabeza negra y las mandíbulas rosas, como un fuego petrificado. La gran hormiga alada boqueaba dando forma a su agonía coagulada, como si no pudiese haber un fin, como si la frialdad en el entramado de ojos de su suspensión hacia la muerte tejiera con filamentos tenebrosos las ascesis y el abismo de su condena. Estaba, en efecto, sin escapatoria, sin la mínima posibilidad de una modificación en su favor. Yo observaba aquél estático sadismo que se transmutaba en danza, de una despiadada belleza, con un oscuro estupor sobre los ojos, un desprendimiento que es ese que solo puede permitirse una divinidad: tener delante tanta tragedia y permanecer impassible, indiferente, distante. La araña, con el vientre y el abdomen que son uno, esfera resplandeciente y resbaladiza que culmina en puntiaguda extremidad, aparentemente imposible, como las hojas del olivo. Esa araña, supeditada a sus humores, secretos con pericia seráfica, inmóvil en su propia trampa. Suspendidas, otras criaturas minúsculas de los cielos rasos, negras y entumecidas cositas con las alas de papel crepé. Ella miraba a la hormiga con segmentos de gestos longitudinales y prismáticos, como raíles de escarcha en un espacio vacío de piedra caliza, y capa tras capa la cortina de baba de muerte espesaba y blanqueaba, y la hormiga alada de cabeza rosa se transmutaba en momia de crisálida, contracción de aliento, como una profunda zambullida, sobre un mar de nubes disgregadas y punzantes. Sus minúsculos ojos se hundían, espasmo tras espasmo, y mientras la araña la enredaba, el mundo que ella conocía moría, porque ella estaba allí para morir, y así yo también me hundía, desde la resplandeciente y privilegiada posición de alteridad a su destino, ella me aplastaba con los párpados, entre los párpados, hacia una nada devoradora y devorada y mientras yo la veía morir, como un sonámbulo, ella me declaraba muerto. Peor aún, inexistente, así como el individuo que no forma parte, que no se inmiscuye, que no se apasiona. Había una fría maravilla en la muerte de aquél inocente: el paso de vals de la indiferencia entre la presa y aquél/aquella que caza y mata. El hambre es el motor universal, y mi elegante coartada era y seguía siendo una serena alteridad, una ponderada toma de distancia. Yo no tengo nada que ver con esa muerte. Apenas ha tenido tiempo de rozar mi vida, y sin embargo ya no puede llamarme extraño, pero no me ha rozado tan profundamente como para temer el resurgir de la nostalgia, el destacamento de la sensibilidad: ese boquear amargo y sin voz no me ha trazado ríos de sangre caliente en los antebrazos. Soy, y sigo siendo, un frío espectador, un Dios sabio y formal, una respuesta negativa que nunca se ha dado el tiempo de admitir preguntas: ¿por qué no me salvas? gritaba todo el universo comprimido en las líneas de iris entre mí y su frente carmesí, ¿por qué? Y yo no he dicho nada... y no hablaré. Pero mi distancia ha invalidado cualquier tipo de veredicto.



UNA NORMALIDAD EXTRAORDINARIA

(Introducción Mínima)

Al principio de esta cruzada militar-sanitaria mundial llovían análisis de diferentes partes (aquí hablo de “nuestro” pequeño mundo *ácrata*) y casi cada día se podía leer una contribución sobre lo que estaba ocurriendo, sobre lo que alguien pensaba al respecto. Esto se debía, ciertamente, al hecho de que se había establecido por ley un régimen de arrestos domiciliarios en masa, por lo que también había más tiempo para quien normalmente no lo tiene, para pensar, reflexionar, sentarse y escribir.

Con esto no quiero hacer una apología de la transmutación del actuar en “virtual” ni aconsejar a nadie a pasar más tiempo en casa escribiendo (no quiero aconsejar nada a nadie), sino remarcar cómo, desde el “retorno” a la casi normalidad (de salir de casa, de hacer compras o tomar algo, de socializar en los parques, etc) incluso equis disidentes y equis refractarixs a este mundo, –que en la Norma siempre han visto una cruzada contra los deseos y las pasiones de la vida–, se han apaciguado... al menos por lo que respecta a los análisis que se han escrito y difundido.

Me añado a esta crítica, un poco porque en parte me veo reflejadx y un poco porque detesto ser el dedo que señala, tapando con la palma de la mano la mirada hacia dentro.

Creo que es importante volver a hacernos preguntas sobre qué esta pasando con nuestros cuerpos, con nuestras ideas, nuestras tensiones y nuestros conceptos (si es que alguna vez hemos formulado conceptos “nuestros”) de salud, de vida, de muerte, de protección...

Quien escribe no se siente, ni se ha sentido nunca amenazadx por este ya célebre virus (pero sí por la reestructuración a alta velocidad en clave distópica de las sociedades), a pesar de ello, no quiero ignorar que esta “nueva realidad” atraviesa, implica y golpea a los individuos de mi alrededor, incluso a los más cercanos.

Escribo estas líneas para animar a retomar un debate que vaya más allá de los análisis socio-económicos sobre la situación actual, sobre las posibilidades de actuar dentro de las contradicciones que se van abriendo en el tejido social. Escribo porque creo que la razón de mi accionar la encuentro en mí (si la busco) y, estando convencidx de que también es así para otrxs, tengo la necesidad de comprender y reafirmar, no como un dogma sino como una elección, el porqué de mi existencia y más aún el porqué de mi existencia-en-conflicto.

Como individuo con tensiones anárquicas quiero que la motivación de mi existencia en el mundo nazca en mí, actúe en mí y salga con y de mí.

Desde esta perspectiva tengo la necesidad de intercambiar puntos de vista sobre el mundo que va modificándose, para reencontrar mi perspectiva, señalar objetivos...

El tiempo sigue siendo soleado, pero se degrada hacia una frescura que anuncia el otoño. De vez en cuando hay un

chubasco y las primeras setas que pueden olerse en los bosques, para quien aún se acuerda de los bosques, anuncian la inminencia de la transformación estacional.

Las personas vuelven de los lugares de vacaciones a sus propios lugares de supervivencia urbana, a las fábricas y a los despachos, a las bibliotecas, a los bancos. El verano, como decía aquella canción, está terminando.

Todo parece igual a un antes que nunca ha existido, no, al menos, desde que las pantallas han pulverizado el tiempo y lo han inyectado al existente como un revestimiento de todo-y-nada sobre el que resbalamos como bolitas de un ábaco despiadado.

Incluso en “nuestro” mundo todo parece ser más o menos estacionario, con la tranquilidad imposible que hemos elegido, con las complicidades detrás de los barrotes y el corazón atravesado cada día más por la tenacidad de la atrocidad de esto goteo persistente que llaman “sociedad”. Aun así, permanece una cierta normalidad incluso en nuestros corazones, nuestros espacios, nuestros tiempos de recuperación y de ataque: los dientes apretados, los puños cerrados, el cansancio, las vendimias más allá de las fronteras, el dinero que nunca alcanza para todos los gastos de los tribunales que se obstinan en no arder.

Sin embargo ha habido algo “en medio” entre esta cotidianidad que vuelve a parecerse a ella misma y aquella cotidianidad que había “antes”, en aquél antes que nunca existió.

Ya no veo las caras de los humanos a mi alrededor o las veo parcialmente, cubiertas por una mordaza estéril que realmente hace honor a la metáfora de todo un mundo: calla y no digas nada, cúbrete y no respire aire fresco, oculta el cuerpo que solo es un depósito de tensiones y de alimentos grasos.

Los cuerpos se tocan temerosos con los codos, por una distancia “social” que tiene una elocuencia extraordinaria a la hora de expresar el vacío que ahoga y hace ahogar: la sociedad es el cercado que nos encierra, a todxs juntxs, forzosamente, y a cada unx por sí mismx, en la escalofriante incoherencia de existencias que son un continuo desperdicio de tiempo para permanecer aferradx a ella, con uñas y dientes, hasta que la muerte no se asome para dar, Ella sí, un significado intrínseco a todo este enredo.

Estas personas no se besan, no se abrazan, tienen un pequeño robot inteligente y luminoso que les dice, entre otras mil cosas, la temperatura de sus frentes... ¡y yo que pensaba que tener la sangre hirviendo era algo honesto, o al menos necesario viendo la escala de valores infames de este existente!

Pero yo no escribo para quien se amordaza, para quien señala desde los balcones, para quien despotrica de los demás y se retuerce en la cama con seis somníferos por noche, no escribo para ojos y orejas que se amoldan a la gran Narración. Escribo por el placer de tener ideas urgentes que quisiera imaginar capaces de incidir en la intención y la tensión de quien quiera dejarse atraer por ellas.

Este mundo, el “nuestro” y el “suyo” (donde en esta dicotomía embarazosa busco evidenciar la existencia de al menos dos paradigmas diferentes y opuestos de Vida) se tocan, se compenetran y, me duele admitirlo, el primero es tanto o más arrogante, más embrutecido, más potente y menos dulce que el segundo.

Este mundo, que es único y líquido y está moldeado a imagen y semejanza de las máquinas que están dando forma a sus contornos cada vez más estrechos y llenando los espacios, ha acelerado de manera impresionante, pero del todo previsible (es bastante que “nosotrxs” escribamos y hablemos sobre ello) las dinámicas de aniquilación de la libertad y de todos esos aspectos de calidad de vida que durante años y siglos, han originado romances, aventuras, sueños.

Habían hecho de la vida un magma vertiginoso que hoy es plano como una pantalla.

Pero rumiar en la memoria sobre un pasado de Oro que nunca ha existido, salvo para las posteriores generaciones que lo anhelan, no me ayudará a desenredarme de esta feroz melancolía. Más bien, esta feroz asfixia de sentido y de gestos.

Quizás es superfluo enumerar la cantidad de aberraciones que nuestros ojos y nuestras orejas han visto y sentido (y siguen percibiendo) en estos meses de “Pandemia” (utilizaré esta etiqueta para hablar de la actual reestructuración sistémica), o quizás, más sinceramente, no tengo ganas de hacer la enésima lista de habituales incongruencias que han atravesado y atraviesan, a cada hora y a cada metro, la sociedad que nos encarcela.

Meses que han parecido milésimas de segundo y siglos al mismo tiempo: trastornos socio-políticos a la velocidad de un “click” (que ahora es también la unidad de medida de la gran política mainstream) que comparados con la velocidad del mundo “moderno” hacen estremecer a cualquier Huxley, Verne, Orwell o Le Guin.

Cada unx dibuja en su propia imaginación el propio panorama... quienquiera y cada unx sabe de lo que estoy hablando.

No ha sido un “cambiarlo todo para que no cambie nada”, ha sido, según mi percepción, un “¡¡adelante, a toda máquina!!”. Y la sociedad del espectáculo y de la mercancía se ha movido con la furia ciega y silenciosa de una avalancha de chatarra dorada hacia la agonía monótona y media de la destrucción calculada. Destrucción del ser vivo a favor del no-vivo; destrucción milimétrica de las relaciones, a favor del aislamiento hiperconectado de la realidad virtual.

¡Ojalá hubiese sido la Destrucción, con la “D” mayúscula! Esa ciega y desordenada, caótica y salvaje que no conoce ni cálculos ni soluciones, ni las busca. Solo derrumbar derrumbar.

Pero la obsolescencia programada no tiene nada en común con el brillo de esas extáticas noches de llamas liberadoras que han iluminado los cielos de Chile, de los Estados Unidos...

El tiempo ha transcurrido desde que he empezado a escribir estas frases; se ha vuelto a proponer la “transformación” o mejor dicho “la aceleración”: normalizar eso que solo un minuto antes era impensable. Vivir con el toque de queda,

vivir con el madero en el bolsillo que espía telemáticamente con quién te encuentras por la calle, vivir, si esto es vivir, con una máscara en la cara, sin contactos físicos que no sean “puramente necesarios”.

El lenguaje de la economía, una vez más, sirve de ayuda a la distopía y nos enseña que todo lo que no es “funcional” y/o “rentable” no es necesario. Afecto, emociones, pasiones son lastres pueriles arriesgados y superfluos.

Y me imagino a mis similares humanos (similares por asignación de las especies, no por afinidad) que se desvisten de la mascarilla ruborizándose, en los momentos del pecado, protegidxs por una puerta de entrada entrecerrada, un árbol en un parque, un ángulo semioscuro en una calle: la nueva escandalosa realidad del cuerpo es el momento en que se exhibe el propio rostro al mundo.

Me estalla por dentro una paradoja: mientras que un tiempo antes esperaba con ansia y comodidad cualquier momento que me permitiese ocultar mi rostro detrás de una capucha o una bufanda, ahora en cambio, para expresar aunque solo sea una pizca de sufrimiento al orden establecido, ¡me descubro queriendo estar a cara descubierta a toda costa! Rechazar el trapo aséptico que me tapa la respiración y que manda hacia atrás el aliento cansado que soplo lejos.

De vez en cuando caigo en una escritura en plural o impersonal, y lo hago, me doy cuenta, no porque me sienta parte activa de esa humanidad que groseramente describo a trozos, sino porque esa humanidad la llevo dentro, como un tumor del alma, como una infinidad de gemelos siameses que no conozco, que me rodean desde dentro y que vaya donde vaya me siguen como una marcha de ecos y sombras.

En este sentido no puedo, a pesar de que anteriormente he propuesto una fácil dicotomía que cortara “mi” mundo del “suyo”, considerarme libre del influjo de toda la sociedad; y resbala, incluso en la prosa, esta apresurada asimilación, un riachuelo de humanidad difusa, que me invade y me sofoca.

Guerra a la sociedad decía una antigua canción, yo creo que es realmente el único camino que el individuo que lucha por la propia liberación puede emprender para realizar el intento de romper las propias cadenas, físicas e interiores/interiorizadas.

Rebaños de pequeños humanos en sus recintos colorados de lila y de azul crecen y aprenden un mundo donde no nos podemos rozar, besar, lamer (ni a nosotrxs mismxs, ni a la carne ajena) ni morder, ni probar: la represión erótica de la sociedad alcanza sus niveles más extremos (por ahora...) y la sublimación virtual del sexo transformado en gran cacería, en consumismo violador e hidráulico se extiende a ultranza, pantalla tras pantalla, aplicación sobre aplicación, como un dominio de absurda catástrofe.

El cuerpo cada vez está más distanciado del individuo, y quizás diría que los cuerpos deben ser, desde la perspectiva del dominio, como protuberancias de la racionalidad, pero eso no es nuevo: los evangelistas han enseñado al humano civilizado que esta bestia de humores e instintos debe obedecer a la voluntad divina (abnegándose). Y la ilustración, que pretendía alumbrar la oscuridad, ha iluminado realmente, apagando las noches estrelladas con luces de neón

y electricidad, para bautizarnos como una aglomeración de átomos, moléculas y objetos.

Todos los santos y los Dioses, ya sean querubines angelicales o batas blancas anémicas, hablan de “alumbrar”: desde los rayos divinos hasta las luces led... pero yo estaría mejor en la oscuridad de una noche verdadera, sin faros, una noche de brujas y duendes, lobos y canallas.

Han eliminado las fogatas en los bosques y han levantado farolas.

En cualquier caso eliminar las sombras, que son la dimensión del misterio, de lo desconocido por antonomasia, del riesgo, de la emboscada, en cualquier caso suprimir la visceralidad que surge de ellas y se expande: la empatía y las sensaciones no convienen.

Son o sucias o voluptuosas, por lo tanto adecuadas para la barbacoa infernal, o inútiles y falaces, por eso carne para el banquete quirúrgico de los laboratorios.

El individuo salvaje, que no pide, que no responde, que “es” y simplemente “es”, sin adjetivos, no debe irse libre.

Y si estoy lejos de considerarme a mi mismx como parte de esta materia primigenia y silvestre, podría por lo menos expresar las ganas, la vibración bajo el esternón, y la necesidad de correr hacia esa oscura noche sin antorchas y sin Dioses, la noche que solo “es”.

Esa noche, líquida y errante, misteriosa sin malicia, como “Todo” sabe fluir y existir y destruir y renovarse. Todo lo que vive, por lo menos, en cuanto a las máquinas y los procesadores, no se, no me importa.

Quien se asoma a la ventana de cemento de la normalidad permanece en la cuerda floja entre los pozos de cristales líquidos de las pantallas omnipresentes, la objetividad de la información es la de las máquinas fotográficas incorporadas ahora ya incluso al más banal y embolsable de los aparatos tecnológicos.

La realidad desde hace tiempo ha cesado de ser, en el sentido de lo que incluye, implica e influencia a los seres humanos, algo previsible: hoy, diría, sugestionado por apresuradas lecturas de De Borde, que la realidad está video-situada en el reino de la representación.

En esta vitrina global donde las sensaciones son liofilizadas y los impulsos esterilizados, aquí pierdo el más mínimo amarre con la Vida, entendida como transformación, como novedad, como elección.

Todo lo que describo, como filtrado por un velo onírico de agotamiento, de inquieta resignación a lo que la sociedad humana representa hoy, podría decir que está enfermo de normalidad, porque no perturba, no desafía, no enloquece, que es lo más sabio que en un ambiente así podría hacer.

Como enemigxs de este existente (y aquí incluyo a cualquiera que se sienta así) la afirmación de la normalidad es desde siempre la declaración de guerra que nos hace el poder (en todas sus formas).

Incluso aquél “antes”, que duraba solo de un despertador a otro, era aberrante, violento sin poesía, despótico, insalu-

bre, tóxico... y sin embargo me parece que cada vez que el umbral de la catástrofe se eleva en impetuosidad, yo tiendo a aumentar, proporcionalmente, mi umbral de tolerancia al desastre.

He aprendido a vivir con las máquinas, a comunicarme a través de ellas, a comer cosas en envases de plástico, a hablar y a hacer sexo como decían panfletos y pantallas; se que existen cárceles donde hermanas y hermanos no-humanos son esclavizadxs y masacradxs (algunos de los cuales se encuentran cerca de la casa donde vivo) y la lista podría ser infinita.

A pesar de esto (sobre)vivo. Prosigo. Continúo. ¿Pero hasta cuándo, me pregunto, podré considerar mi vida como algo irrenunciable, que valga la pena prolongar, si el actuar no me hace participe de esta ruina, al menos en sentido destructor, y en cambio me dejo llevar por la corriente de tentáculos que todo lo arrastran?

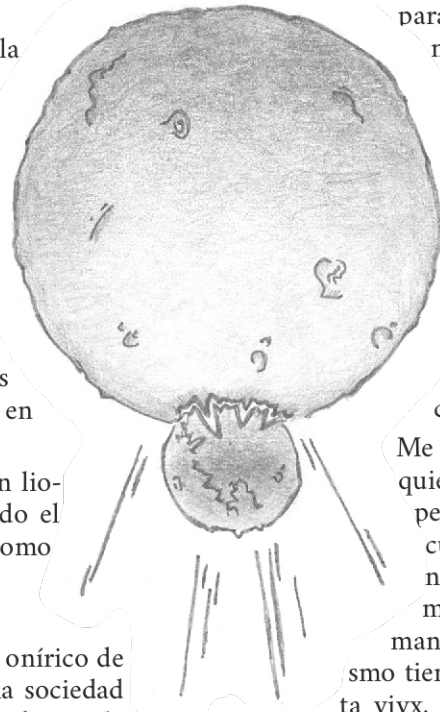
Hace meses que las sirenas del gran hermano hablan de salud-seguridad-vida-y-muerte. Sin embargo las palabras que leo u oigo pronunciar no tienen en sí ni un solo anhelo de Vida, ni mucho menos de Muerte, más bien de parada de los motores, como les conviene a las máquinas que la teoría medico-científica dice que somos (máquinas de carne, vale, pero el funcionamiento es ese).

La propaganda dice que debemos renunciar a vivir porque debemos tener miedo a morir, ¿pero cuándo he escogido estar Vivx? ¿Y cuando, entonces, decidiré que esta condición ya no es así, que faltan las premisas para definirme y sentirme así? Pero ni siquiera estaré muertx –ya que la muerte tiene su energía para regalar (por lo menos) a lxs supervivientes–, no, me habré solo convertido en un no-vivx.

Y la duda me roe la cabeza y me abre grandes surcos en las sienas que tienden a bloquear mis gestos, como bloques de hielo que se crean en un momento, entre los huecos de mi cuerpo.

Me parece poder entender que ni siquiera la vida es una condición perpetua, lineal, igual que una emoción cualquiera: nunca me sentiré honesto conmigo mismx al definirme “feliz” o “triste” o “enojadx” de manera monolítica, afirmativa. Al mismo tiempo, no podría decir que me sienta vivx, cada día, y que siento que estoy atravesando este tiempo y este espacio con la certeza de mis elecciones, la fuerza de mis miedos, la joya de mi desesperación y todo ese calidoscopio de pasiones contrastantes e incoherentes que hacen del vivir un movimiento, que trazan los pasos de la tensión constante para continuar.

Un escritor de esta parte del mundo ha titulado su diario “el oficio de vivir”, como si la vida fuese una tarea que re-



alizar, una actividad como cualquier otra (o casi) que debiera elegirse. Sin la elección hay la gravedad que arrastra, y después viene la inercia que establece la eterna inutilidad del arrastrarse.

Si es así, cuando no me siento vivx pienso que se debe al hecho de que no estoy eligiendo mi condición, no me estoy afirmando a mi mismx a través de mi voluntad, sino que estoy esperando a que todo-eso-que-yo-no-soy actúe y los esbozos de la marea de objetos que el mundo tira me golpeen y las olas de cuarzo de este presente me transporten...

Desde siempre hostil a la delegación, que es elegir no volver a elegir, como individuo anárquico reflexiono sobre la elección, y sobre la crítica que nos lleva a discernir entre una elección nuestra, liberada (lo máximo posible) de las influencias sociales y elecciones inducidas; sobre la obligatoriedad convergente que está imponiéndose en esta sociedad como nuevo modelo de democracia.

Razonar e interrogarse, incluso a través de los canales no-rationales de nosotrxs mismxs, creo que siempre es fundamental para darse a unx mismx el sentido de la propia existencia, que yo no coloco en la abstracción de un ideal o de un objetivo futuro mítico, sino en cada paso, en cada amor rozado, en cada manzana que recojo en el bosque, en cada llama de ataque que resplandece en la esclera que lagrimea de placer.

El sentido de la vida, que para mi coincide con el descarte cualitativo que me hace definir, como opuestas y antitéticas, la “supervivencia” y la “vida”, es un proceso de crítica y de re-afirmación continuo.

No encuentro en mi mismx el sentido de vivir, sino a través de mi mismx. Y ni siquiera “fuera” de mi, sino “conmigo”, en la potencialmente infinita gama de elecciones que puedo hacer y de acciones que puedo realizar y sensaciones que puedo sentir.

Ni revolución, ni dios, ni Amor ni horizontes luminosos de futuros libertarios: la Vida, dentro de la resplandeciente indiferencia natural de la Tierra que nos acoge, es un proceso de consciencia individual: la afirmación, tanto física como intelectual, de mi querer-hacer, querer-crear, querer-destruir. Querer-ser.

Quizás he dado tumbos entre esbozos de teorías filosóficas expresadas seguramente mejor por importantes hombres del siglo XIX con la barba espesa: yo se poco de filosofía. Solo quiero expresarme.

Creo que, más allá de imaginar qué es lo que se puede golpear de este aparato tecno-científico para dañarlo lo máximo posible, también es importante entender por qué elegimos hacerlo, por qué todavía elegimos vivir, a pesar de todo, en un mundo que es aberrante desde casi cualquier punto de vista.

Por qué, desde el momento en que ya me ha quedado claro que no tengo nada que compartir con esta (y creo que con ninguna) sociedad, entonces, tengo la necesidad de reencontrarme conmigo mismx y con equis semejantes (no por asignación de especie sino por afinidad) e imaginar como estar en este existente.

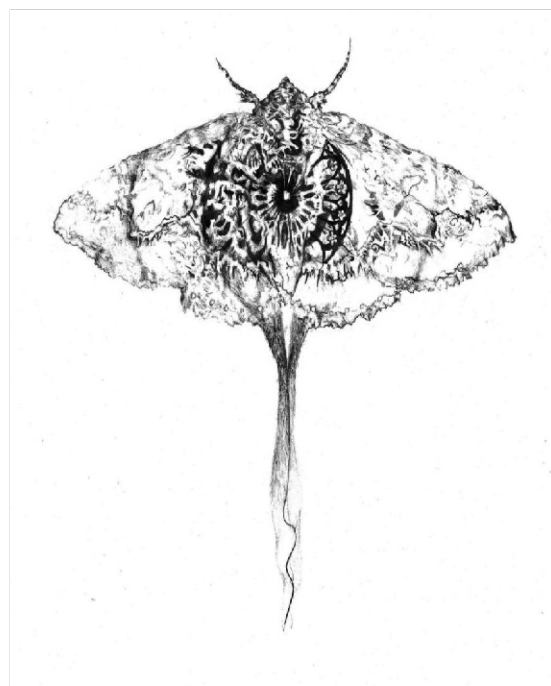
Por qué no quiero darme cuenta, en el momento en que esté demasiado cansadx para levantarme, de que he resbalado a través del tiempo y el espacio, como un hastío gris e igual a sí mismo, mientras soñaba la Vida, y, en cambio, me abandonaba a la inercia de las certezas.

La conclusión, si me detengo un instante para buscar una especie de síntesis, es siempre la misma: destruirlo todo, dentro y fuera de sí y hacerlo con una sonrisa. Decidirse vivx, para no hacerse llamar ciudadanx.

(Escrito entre principios de octubre y mitad de noviembre del 2020)

Eclipses
 imperturbable vórtice
 de sentidos
 insondables
 esperados
 el devorar de las
 aguas
 de la
 mente
 como
 un
 manantial
 débil
 de poca sangre.
 Eclipses
 sobre el río, dentro de una petición
 sobre la orilla de una
 desesperación
 aborda el vientre
 como venenos
 asiáticos
 y luego besa la
 frente
 en la pólvora
 dentro del cráneo
 de una sórdida paz

(No recuerdo, bosque, Agosto 2020)



RAÍCES SIN PLANTAS

HISTORIA DE UNA IMPACIENTE DESTRUCCIÓN DE LA NORMALIDAD

Ese continuo y molesto zumbido en las orejas... Insopportable. ¿De dónde venía?

¿No bastaban los ruidos y las molestias de la ciudad? Las máquinas, las excavaciones. Las luces. Y los venenos. No, claramente no eran suficientes.

Había seguramente algo que empujaba a pedir cada vez más nocividad. Algo inexplicable, por muy "normal" que fuera. Algo absurdo pero aceptado, es más, muy solicitado.

En un determinado momento, no sabían explicarse bien cuando, había empezado aquél fastidioso zumbido. Continuo, persistente. Te entraba en las orejas y ya no sabías si seguías sintiéndolo porque realmente aún estaba ahí, o porque se había apoderado de tu mente hasta inducirte a sentirlo incluso cuando ya no estaba...

El hecho era que no se lograba averiguar cuál era el origen de esa absurda molestia.

En realidad, se había dejado pasar el tiempo antes de que alguien decidiera no esconder que efectivamente lo sentía. Había ese miedo, no dicho, de parecer paranoico, de tener algo que no funcionaba bien, por lo que pasaron meses y meses haciendo ver que no pasaba nada.

Luego, llegó un momento en que unx de ellxs, decidió poner fin a aquella pesadilla, y sobre todo al insomnio; decidió salir en búsqueda del origen del zumbido en las orejas. ¡Aunque pensasen que estaba loco! No podía más con esa pesadilla. Sabía que todxs lo escuchaban, lo leía en sus ojos cansados, en el nerviosismo, en la falta de apetito.

Como de costumbre, alrededor del intrépido explorador lxs demás no hacían otra cosa que conseguir comida, evitar encuentros con el mundo frenético de quien tiene la paciencia de repetir día tras día la misma rutina, y sobre todo fingir que el ensordecedor zumbido no existía.

Nadie notó que, orejas levantadas en dirección al enemigo, había partido.

Nadie sabía que aquel día significaría mucho para todxs, que después de aquél día no tendrían que fingir más no escuchar el zumbido.

No fue una búsqueda fácil. Al principio parecía que el origen proviniera de algo que estaba encima de su cabeza, después pensó que quizás era algo relacionado con el vaivén de los vehículos ruidosos.

No se rindió, permaneció observando día y noche para entender si el fastidioso zumbido variaba y de qué manera. Se desplazó arriba y abajo, aquí y allá.

Todas sus observaciones conducían a la certeza de que no eran ni el tráfico, ni las luces.

Se escuchaba de día cuando las luces estaban apagadas, y por lo tanto habría podido ser el tráfico.

Pero también se escuchaba de noche, cuando el tráfico disminuía drásticamente, pero las luces estaban encendidas.

Intentó acordarse del "antes". ¿Qué había de diferente? No estaba segurx, pero se acordó de que en algún momento aparecieron extrañas raíces, más o menos en el momento en que había empezado a escuchar el zumbido. Se acordaba bien, porque durante aquel período había tenido que cambiar de camino varias veces. Entre todas aquellas excavaciones no se podía pasar. Una pesadilla inimaginable.

Pero, se dijo, ¿qué quieres que hagan las raíces? ¡No emiten sonido! ¿Dónde se ha visto?

Visto que de todos modos no tenía mucho que perder continuando con sus exploraciones, decidió observarlas más de cerca. Las miró y las remiró. Eran raíces muy extrañas... No veía raíces así a menudo en la jungla de cemento en la que había crecido, es más, rara vez se detenía a mirar a las pocas que había, al estar tan absorbido por la supervivencia cotidiana. Pero esas eran... no sabía bien cómo explicárselo, pero eran, cómo decir, demasiado regulares, todas iguales. Era extraña toda esa regularidad, molestaba a la vista, incluso hacía girar un poco la cabeza. Las observaba y no lograba ni siquiera entender de dónde llegaban. Fue a mirarlas mejor y no vio ningún árbol unido a las raíces. ¿Eran las raíces del asfalto?

No logró contener una carcajada interior por haber pensado semejante idiotez.

El asfalto estaba desde mucho antes de que aparecieran esas raíces.

Entonces, de repente se dio cuenta, quizás... el asfalto tampoco estaba ahí desde siempre.

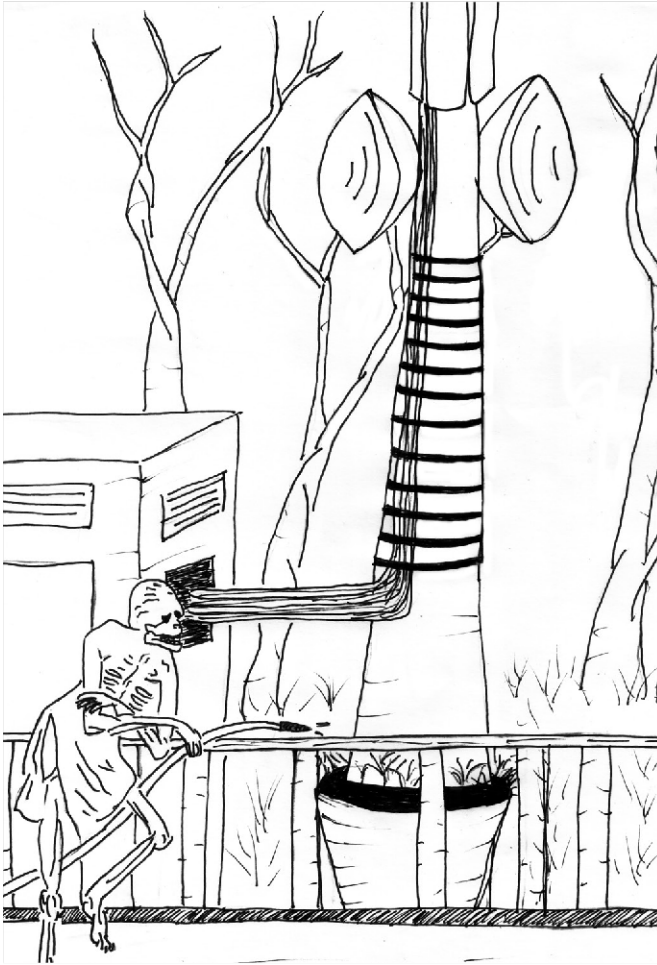
Así como las raíces, puede que todo lo que veía y sentía ajeno y enemigo, quizás no había existido siempre. Y quizás si no había existido siempre, ¿también podía volver a no existir? Decidió continuar investigando sobre las raíces; habría pensado en todas esas grandes cuestiones una vez recuperada la tranquilidad mental, sin zumbidos en las orejas.

Miró aquél manojito de raíces, las tocó. Y no, no eran raíces para nada, y eran justo el origen del dolor de cabeza. Pero eran inmensas, infinitas, estaban por todas partes, se extendían por quilómetros y quilómetros. ¿Que podía hacer para hacerlas callar?

No logró formular bien esta cuestión en su mente, estaba muy fastidiado por el agravamiento de aquel irritante zumbido. Sus nervios se hicieron tan incontenibles que sin pensárselo dos veces, sin otros instrumentos que sus dientes, empezó a roer. Y mientras mordía con furia, la primera raíz se rompió, después la segunda, la tercera, y así sucesivamente.

Después, ahí, debajo de su enemigo, se dio cuenta de que había vencido. Ya no había ningún zumbido, había recuperado la posesión de su mente, sentía de nuevo, lúcidos, sus propios pensamientos.

Entonces corrió, veloz, entusiasmadx por la idea de que



la solución hubiera sido tan fácil, pero con una pizca de desilusión por haber esperado ser casi deboradx por el insomnio cuando era tan simple remediar el problema.

Pero... De repente, volvió a escuchar aquel maldito zumbido.

¿Entonces había sido una ilusión? ¿Nunca se libraría de eso? Calma, razona. Levantó la cabeza y vio que aún había raíces, otras, nuevas y perfectamente integradas. Volvió a mordisquear. Llenx de rabia y de amor por la serenidad recuperada y perdida de nuevo de algún minuto antes. Y de nuevo, el silencio. Estaba funcionando otra vez.

Estaba claro que esas raíces debían ser destruidas en todas partes.

Estaba claro que no podía hacerlo todo solx, que también tenía que implicar a otrxs.

Volvió a su casa e hizo una demostración directa a lxs demás, sin necesidad de explicaciones. La alegría del sentir de nuevo la mente despejada de una opresión tan devastadora empujó, a otrxs de diferentes partes, a morder aquellas malditas raíces. Aunque quizás fuese lo último que hacían, sentían que querían hacerlo. Un deseo imparable de destrucción. Sus ojos brillaban en la oscuridad, brillaban de alegría, y en cada tramo del camino sin zumbidos en las orejas estallaban gritos de alegría.

Luego, cuando empezó a correr el primer tráfico matutino, exaustxs, se fueron a dormir, sonrientes. ¡Y durmieron realmente bien! Indescriptible la satisfacción que sintieron

después de haber luchado con uñas y dientes, en el verdadero sentido de la palabra, y haberse liberadx a la vez del fastidio y de los nervios acumulados durante aquellos últimos meses...

El día, para aquellos que tienen la absurda paciencia de soportar la rutina, empezó como todos los otros días. Café, smartphone... No, espera. No empezó como todos los otros días.

¿Qué ocurre? Boh, será mi conexión. ¡Con todo lo que pago! Lo miraré con el wifi del trabajo...

Hasta el wifi del trabajo no funciona.

Ni siquiera en el bar de al lado.

¿Y los vecinos?

Eh sí, a mi hoy tampoco me funciona. Quizás estén haciendo trabajos en la línea. A veces pasa. Veamos cuánto dura...

Buenos días, dígame como puedo ayudarla... Sí, entiendo, nos está llamando mucha gente, debe haber un problema en la línea, el técnico ya está llegando.

Ese día llegaron una multitud de técnicos. Un día sin ninguna rutina más. Un día que podía ser el prelude de una salida del letargo. Sí, es cierto... En vez de sentirse despier-txs, la reacción era fastidio y pánico por la pérdida de la normalidad marcada por los gigas. Alrededor de la noche los diligentes técnicos comprendieron que les había ocurrido algo a los cables subterráneos. Arreglaron un tramo, pero aún nada. Y día tras día, excavación tras excavación los repararon. Entre un suspiro de alivio y un desplazamiento a la pantalla, reconquistaron su inexplicablemente anhelada normalidad.

Pero las ratas, sin saber que estaban en todos los periódicos (y si lo hubiesen sabido habrían mordido también los periódicos) ahora ya sabían como liberarse del zumbido.

Una raíz tras otra.

De todos modos, ¿de qué sirven raíces sin plantas?

Y además, si "antes" no estaban, podían perfectamente volver a no estar...

Los humanos esto no se lo preguntaban, los ratones se decían unxs a otrxs. Para los humanos cada cosa nueva que se añade, bonita o fea, se convierte en parte fundamental de la vida. ¿Adaptación? ¿Quién sabe cómo lo hacen para adaptarse a tal bochorno? ¿Dormirán? No son problemas nuestros en el fondo. Que se enfermen, nosotrxs no tenemos ningunas ganas de sufrirlo, pensaron. Ellxs mueren por las nocividades de las que creen no poder prescindir, y envenenan, encierran, confinan a quien, para estar bien, para ser feliz, para frenar el desastre de los propios sueños interrumpidos, actúa destruyendo.

Esta historia está inspirada en un ataque real que algunos ratones han hecho contra los cables de fibra óptica en una ciudad de provincias.

Qué estimulante puede ser la oscuridad...

Y el actuar sin hacerse demasiadas preguntas...

ALGUNAS PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

en torno a la entrevista con Alfredo Cospito

«¿Pero qué Internacional?»

publicada en tres partes en la revista «Vetriolo» (Nº. 2, 3, 4)

Este texto surgió del deseo de debate que, inicialmente, pensé limitar a un intercambio epistolar. Pero, después de haberlo redactado, consideré que podía convertirse en un buen instrumento que facilitara la extensión del diálogo a otras individualidades, respecto a las dudas y críticas que expongo.

Estas reflexiones no agotan todo lo que pienso en torno a lo que se sostiene a lo largo de la entrevista. Como me pareció superfluo informar sobre las consideraciones que compartí, opté por escribir el texto a manera de crítica, deteniéndome en algunos aspectos menos cercanos a mi pensamiento. Más que las palmaditas en la espalda, por muy gratificantes que sean, opto por los cuestionamientos y las palabras punzantes de la crítica, lo que me estimula a no estar nunca completamente satisfecho con mis ideas y, me permite seguir perfeccionándolas. Ciertamente, estas pocas páginas son insuficientes para abordar las cuestiones de notable interés que se exponen en la entrevista, por lo que confío en que alguien se esfuerce en llenar las lagunas que seguramente contiene mi texto.

La ilusión tecnocrática

Considero que hay un cambio cualitativo dentro del proceso evolutivo de la dominación. De ser un medio en manos del Estado y el capitalismo, la tecnología ha adquirido autonomía propia. Como todo factor autónomo se convierte en un factor determinante en sí mismo. El buen funcionamiento del sistema mundial hoy se basa, más que nunca, en la adaptación de todas las esferas de la organización social a las necesidades que proporciona el progreso técnico. En la actualidad, la economía y el Estado se caracterizan, cada vez más, por sus funciones técnicas; podría incluso decirse que el Estado actual es esencialmente un Estado técnico. ¿Por qué esta introducción, quizás superflua? Porque estimo que hay algunas consideraciones de fondo en las respuestas de Alfredo que no comparto y que me llevan a conclusiones que, aunque no son radicalmente distintas a las suyas, asumen matices diferentes.

Por ejemplo, en la entrevista se refiere a menudo a la tecnocracia, atribuyéndole a esos «aristócratas del conocimiento humano» un papel de preeminencia, cuando en realidad, no son más que técnicos que desempeñan más o menos un papel dentro del sistema sin iniciativa propia y son, además, fácilmente sustituibles. Las decisiones no son tomadas realmente por los técnicos, éstos sólo cumplen con las obligaciones previstas por el sistema técnico. El desarrollo técnico es autónomo, no en el sentido de qué sea causa en sí, sino en el sentido de que las necesidades materiales que implican su desarrollo, se imponen a las acciones del

ser humano que no tiene nada que decir al respecto. Sólo pueden apoyar el desarrollo del sistema u oponerse, pero ciertamente, no pueden determinar su curso arbitrariamente. Con esto, no quiero disminuir las responsabilidades de quienes deciden contribuir conscientemente al desarrollo de este sistema, pero si quiero subrayar hasta qué punto su papel es cada vez más parecido al de cualquier otra pieza intercambiable. Atribuir a los técnicos una importancia que en realidad no tienen, considero que puede desviar la atención de una elección consciente de nuestros propios objetivos. Por ejemplo, hoy en día, en el campo de la investigación, los científicos se ocupan de un sector tan especializado que las operaciones que realizan en su mayoría son minucias si se consideran de forma individual; sólo la colaboración de un gran equipo permite el desarrollo de un proyecto de investigación. Al mismo tiempo, un laboratorio o incluso un solo servidor de éste, puede albergar años de investigación. Entiendo que este razonamiento puede extenderse a la globalidad del sistema: cuanto más pierden las personas sus capacidades, más importancia adquieren algunas técnicas o, mejor aún, algunos subsistemas del sistema técnico, como el sistema energético, las telecomunicaciones, Internet, las bio y nanotecnologías... Evidentemente, no estoy hablando de un proceso acabado, sino en curso, donde las personas siguen teniendo un papel importante en los procesos técnicos, económicos y estatales, pero cada vez más limitado. Por lo que no creo encontrarme al interior de una megamáquina. Si el sistema técnico tiende a imponerse cada vez más en otras esferas sociales, no puede considerarse determinadamente sobrepuesto a la misma sociedad. Hay una diferencia entre sistema técnico y sociedad técnica, el primero crea desorden, irracionalidad y conflicto en la segunda. Si el sistema técnico tiene su propio desarrollo autónomo y racional, la sociedad que se ve influenciada por él no lo tiene, sino que está condicionada por elementos, incluso conflictivos, que hacen que su desarrollo sea imprevisible. El progreso técnico siempre está en marcha y se mejora infinita e indefinidamente. Nunca podrá constituir la totalidad de la existencia humana, pero, como puede verse fácilmente, se está convirtiendo cada vez más en el factor determinante del sistema.

¿Guerra social o guerra a la sociedad?

No me convence esa respuesta que afirma que «la «lucha de clases» sigue siendo el motor de todo», aunque entiendo que con la expresión «lucha de clases» no sólo nos referimos de forma reduccionista a la clase obrera, como hacen algunos anarco-marxistas. Pienso que el rechazo a lo existente puede pasar por el rechazo a una forma de organización económica y social determinada, pero si nuestra



crítica se limita a la negación de los privilegios de unos pocos, sin cuestionarnos la propia esencia de la civilización y su reproducción, sólo se barajan las cartas para continuar jugando la misma partida. Por otro lado, la autogestión de la catástrofe no es mejor que las aspiraciones del sistema actual a sobrevivir su propia nocividad. A través de la toma de conciencia de nuestra explotación y el reconocimiento del enemigo de clase, sin duda puede llegarse al rechazo nihilista de la sociedad, pero considero que no es el único camino, ni tampoco el más privilegiado. Pienso que toda individualidad, atrapada en las redes de la supervivencia reproducida en serie, encuentra en sí misma las motivaciones para desear otro mundo y arremeter contra todo lo que se interponga a su instinto de libertad. No creo que la diferencia la marque la condición de explotado, sino la determinación con la que nos propongamos superarla. No es la opresión específica a la que se está sometido, lo que coloca al individuo en estado de conflicto contra este mundo. Están lxs que cuestionan este mundo a partir de las condiciones impuestas por la explotación laboral, también están lxs que cuestionan el supremacismo racial, lxs que cuestionan la imposición del rol de género, o la normatividad sexual, lxs que no aceptan la opresión de los otros animales y de la devastación de la Tierra, o lxs que simplemente desean vivir una vida salvaje irreconciliable con lo existente. Por otra parte, la clase a menudo se transforma en un fantasma que aliena la propia autonomía individual, por lo que considero que hasta que no abandonemos los residuos de la teleología marxista, corremos el riesgo de profetizar el advenimiento de la revolución social, en lugar de tomar conciencia de sí como individuos y atacar el dominio por puro deseo egoísta de libertad.

No creo que lxs anarquistas deban convertirse en un referente para lxs «explotadx», en todo caso, son las ideas y las prácticas anarquistas las que deben ponerse al alcance de cualquier persona que traiga el fuego en los ojos. Más que plantearme la necesidad de comunicación con lxs «explotadx», prefiero pensar que mis palabras y acciones pueden

cobrar un valor específico para quienes ya desprecian este mundo decadente y, están dispuestos a jugársela para verlo derrumbarse definitivamente.

Pensamiento y acción

«Los teóricos que no viven una vida rebelde no dicen nada que valga la pena decir, y los activistas que se niegan a pensar críticamente no hacen nada que valga la pena hacer»

W. Landstreicher

Conuerdo con la afirmación que postula al pensamiento y la acción como dos elementos intrínsecamente conectados, pero, a diferencia de lo que se sostiene en la entrevista («La teoría para ser efectiva debe surgir de la praxis, no al revés»), no pienso que la acción sea lo que deba guiar al pensamiento. Considero que las ideas guían la acción del mismo modo que la acción pone a discusión a las propias ideas, no identifico una relación de subordinación entre ambas, es más, podríamos considerarlas, dentro de la proyección anárquica, como un todo.

No pienso que las ideas en sí ni la acción en sí sean válidas en base a quien las expresa o realiza. Un texto «repleto de demagogia» (no me refiero a ningún texto específico) sigue siendo un mal texto, independientemente de quién lo haya escrito y bajo qué circunstancias. El diálogo entre el pensamiento y la acción es fundamental en la trayectoria individual de cada quien, pero, al mismo tiempo, va más allá de la responsabilidad directa. Un texto en un periódico que apoya y difunde la continuidad de ciertas prácticas, tiene el mismo valor en el cumplimiento de su propósito de transmitir un mensaje, que un texto, con el mismo contenido, que aparece en una reivindicación. Lo esencial, en mi opinión, es que no cese el diálogo entre las palabras y la acción. De lo contrario, no son más que palabras vacías o acciones incomunicables.

En cuanto a la elección de la acción y el enfoque que se le da a la misma, considero que no existen acciones prioritarias o

de mayor eficacia con respecto a otras. Pienso que la eficacia es una característica particularmente oscura. Nadie puede conocer anticipadamente las consecuencias de una acción, a veces un acto que puede parecer trivial, como saltar los torniquetes del metro, puede desencadenar un motín y provocar que las llamas alcancen edificios de doce pisos de altura. Esto no significa que el efecto destructivo directo de ciertas acciones no sea mayor que el de otras o, que el daño que se le produce a una empresa al golpear uno de sus coches no sea diferente al que se produce si golpeamos a quienes lo conducen. El hecho es que no existe una escala de valor unívoca para evaluar el efecto de una acción determinada; en todo caso, podremos tener más de un aspecto a considerar. Cada quien elige en base a sus propias consideraciones lo que debe tomarse en cuenta. Por tal razón, no veo que exista una cobardía subyacente en la decisión de no golpear a las personas, y menos aún, que haya miedo a perder el «consenso» (puede que para algunos sí exista tal miedo), sino que hay una reflexión de fondo que atañe muy diferentes aspectos, como la reproducibilidad de la acción, la relación entre el riesgo y el efecto... A lo largo de la historia anárquica, como dice Alfredo, los ataques contra las máquinas y contra las personas, han coexistido sin ser considerados prácticas separadas y distintas, enriqueciendo el accionar anárquico multiforme.

Tampoco considero que las acciones espectaculares sean cualitativamente mejores, es más, a menudo, las ideas más brillantes ni siquiera son captadas, excepto por unxs pocxs. Las acciones espectaculares la mayoría de las veces, al ser difundidas precisamente por los canales del poder, terminan mutiladas y mitificadas, y concluyen siendo consideradas como algo alejado de nuestras posibilidades. Es más, no me parece que la difusión cuantitativa de una noticia sea en sí misma positiva, máxime si esta difusión se produce a través de los medios de comunicación del poder. Considero que la información difundida mediante medios autónomos, pese a que llega a pocxs individuos, es mucho más congruente con la difusión de las ideas anarquistas que una nota en la primera plana de cualquier periódico destacado. Es más, me parece bastante ingenuo pensar que se puede lograr una difusión mediática a través de medios que están claramente en manos del enemigo. Resulta particularmente evidente, cómo se aplica instrumentalmente el silencio ante cierto tipo de atentados por parte de los medios de comunicación.

En cuanto a la reivindicación, pienso que cada acción tiene su propia especificidad y corresponde a cada quien elegir el modo de actuar. Después de todo, estoy convencido que si las ideas anarquistas se expresaran claramente y se apoyaran abiertamente las prácticas de ataque contra el poder, tanto en periódicos como en textos y debates, toda reivindicación sería superflua (a no ser que sea para destacar una acción), pues no necesitaría palabras para comunicar su potencial, pero, lamentablemente, no siempre es así.

Mito y utopía

«No es suficiente con derribar a los ídolos, para transferir todas las armas y el bagaje a manos del hombre, si éste se ha elevado al nivel que antes ocupaban los ídolos»

«El mito del mundo moderno sigue siendo la religiosidad con

que se ve el proceso de liberación... El bandido es visto desde esa perspectiva. El rebelde tiene doble validez: como individuo que desafía la ley y, por tanto, toma conciencia de este desafío y lo acepta responsabilizándose de las consecuencias, y como símbolo que consolida sus aspiraciones irracionales. Si en el primer aspecto, el bandido es signo de la ruptura del círculo de alienación e integración, en el segundo, puede convertirse en un instrumento a través del cual la alienación y la integración pueden permanecer en la presunta transformación»

«El mito se convierte, en última instancia, en un lugar ajeno a la voluntad del individuo, en una ilusión que aprovecha la debilidad del individuo y lo proyecta hacia un ideal situado fuera del mundo. La metafísica señala ciertos objetivos, la religión otros e, incluso la revolución puede caer en este equívoco y proponer otros. Los mitos se cruzan con otros mitos».

A. M. Bonanno

En la segunda parte de la entrevista se afirma que han sido abandonados los mitos relativos a la perspectiva liberadora, el mito de la revolución social, del sol del porvenir de la anarquía, que eran tan difundidos a finales del siglo XIX. En el texto, se auspicia el resurgimiento de la sugestión del mito, con el fin de «revivir la anarquía vindicadora». Pero, ¿es cierto que los mitos desaparecieron con el racionalismo científico o esto es un nuevo mito que sustituye a muchos otros?

No entiendo por qué tenemos que sacar del cajón al mito, a estas alturas ya no se habla de él desde la huelga general. Considero que el mito no sólo conlleva un intrínseco inmovilismo, sino también una creencia religiosa de la que hay que alejarse. No es casual que Sorel, mientras profesaba



el mito de la acción violenta contra el Estado, al mismo tiempo, fuera un defensor del catecismo revolucionario y de la familia tradicional.

A mi entender, el mito no tiene nada que ver con la utopía. Si el primero es una construcción colectiva definida y estática, a menudo proyectada hacia el pasado y transmitida al presente, a la que el individuo se adhiere; la segunda, es indefinida, ya que se proyecta en un no lugar, en un espacio y un tiempo desconocidos. La utopía se modifica con el tiempo, tiende a asumir una infinidad de formas diferentes, mientras que el mito se cristaliza en una sola forma. Con utopía no me refiero, como sucede comúnmente, a esa construcción colectiva, a esa meta a alcanzar a fin de realizar el «paraíso en la tierra», sino, a ese ideal irrealizable que el individuo hace suyo y moldea sobre la base de sus propios deseos.

Ambos, tienen un carácter que va más allá de la racionalidad y el realismo, pero, mientras que el mito atrae como cualquier otra creencia ya que confiere mayor seguridad del yo que pasa a integrarlo; la utopía es una proyección del yo y, de sus tensiones en el mundo que le rodea.

En cuanto a la acción de Mikhail Zhlobitsky, su acto es de una fuerza increíble, pero no me parece ni un sacrificio ni un acto de heroísmo, sino el acto de un individuo que, consciente de su situación y de su odio, prefiere lanzarse a la muerte golpeando al enemigo, en lugar de continuar viviendo en las condiciones de ver sus compañeros torturados, con la certeza de que podría estar en la misma situación. Mitificar su acción es un gran error. Se han realizado decenas de ataques incendiarios y explosivos contra las oficinas del FSB y otros responsables de la represión estatal ¿por qué no hablamos también de ellos? El espíritu de sacrificio no puede ser el criterio que eleve una acción sobre otras. El apoyo a su acción no debe pasar por el elogio a la muerte en acción y el autosacrificio. El acto de Mijail expresa una notable conciencia de sus propias posibilidades, conciencia de que una determinada elección puede implicar también su propia muerte y, es con esta conciencia, que, a pesar de todo, eligió lanzarse contra el enemigo. Muchxs otrxs han actuado de igual manera, aunque esa elección no haya implicado la pérdida de sus vidas. Por qué, más que detenernos en las consecuencias de su acción, no nos detenemos en ese deseo tan fuerte que lo impulsó, al igual que a otrxs, a accionar?

Proyección anárquica y organización informal

«Paradójicamente, no nos hemos adaptado a la realidad, la realidad se adaptó a nosotros».

No puedo estar más de acuerdo con esta afirmación. Si desde el principio la «informalidad» fue para muchxs un enfoque que permitía la confluencia de diferentes aspectos, éticos y prácticos; en la actualidad, el propio desarrollo del sistema pone en duda inequívocamente la validez de

cualquier organización de síntesis. Es cierto que el mundo ha cambiado y lxs anarquistas también (afortunadamente) y si no nos cuestionamos nuestra intervención en la realidad, caeremos en la reproducción de un modo de acción circular.

Esto no significa en absoluto transigir con el mundo que nos oprime, sino intentar conocerlo mejor, tener mayor conciencia del desarrollo y del emprendimiento de nuestro camino a la revuelta. Si el método sigue siendo sustancialmente el mismo, la elección de nuestros objetivos, igual que el tipo de prácticas, sí pueden modificarse, dando lugar a infinitas posibilidades diferentes, que hacen imprevisible nuestra acción y, por ende, difícil de contrarrestar por el poder.

No creo que existan «dos caras del anarquismo de acción contemporáneo». Es problemático dividir el anarquismo en corrientes, no sólo porque se presta a ponerse del lado de los viles esquemas de cualquier representante del poder, sino porque además es erróneo y no se verifica en la realidad, siendo reduccionista respecto a todas las individualidades rebeldes y sus vías de lucha que, la mayoría de las veces, no se ajustan a estas categorías. ¿Cómo podemos saber si unxs compañerxs que emprendieron vías de lucha «intermedias», no son lxs mismxs que, al mismo tiempo, atacan al poder mediante la acción directa? Afortunadamente, no podremos saberlo de ninguna manera, porque gracias al anonimato cualquiera (aunque no muchxs) podría haber realizado una determinada acción. No entiendo por qué la acción violenta no puede expresarse en apoyo a luchas específicas; en este sentido, considero que «el insurreccionalista que a fin de facilitar un crecimiento colectivo y cuantitativo está dispuesto a limitar y calibrar su violencia destructiva», más que un insurreccionalista es un politiquero o un oportunista, o ambos. El hecho de que no nos pongamos un límite a nosotros mismos, por nuestras valoraciones y nuestra disposición a jugarlo todo, sino por el miedo a perder el consenso de terceros, no tiene nada que ver, desde mi punto de vista, ni con el insurreccionalismo ni con el anarquismo tout court.

Pienso que debemos superar la división entre lxs anarquistas que apoyan las reivindicaciones y aquellxs que no, y cuestionarnos la validez de una práctica contextualizada en circunstancias específicas, así como las intenciones que están detrás de ella, a sabiendas de que la mayoría de las veces solo se pueden intuir, por lo que creo que es mejor abstenerse de juicios y, más bien, pensar en el camino propio.

El internacionalismo es un componente fundamental de toda acción con proyección y perspectiva: incluso la revuelta más radical y destructiva, si se limita a un territorio restringido, quedará circunscrita y será reprimida o, se extinguirá lentamente con el tiempo.

La solidaridad es un rasgo inevitable e irrefrenable del internacionalismo, pero, al mismo tiempo, no es el único. El

¹ Mikhail Zhlobitsky es un compañero anarquista ruso que, tras la detención de 8 compañeros acusados de ser miembros de una supuesta organización terrorista llamada "Red" y las torturas que se les infligieron, optó por atentar contra la sede del servicio secreto (FSB) en Archangelsk con una bomba casera. El 31 de octubre de 2018, antes de su acción, publicó un reclamo en el que expresaba las razones de su acción y comunicaba que su elección provocaría casi con seguridad su muerte. La acción se saldó con tres agentes heridos y su muerte.

internacionalismo no solo debe alimentarse desde la perspectiva de respuesta, sino también desde el ataque. Si cada individualidad eligiera atacar al poder de manera proyectiva: esforzándose en reconocer las conexiones de la red internacional de la dominación, captando sus vulnerabilidades y sus momentos de mayor dificultad... mediante la propia acción se podría establecer un diálogo que sirva de trama para realizar nuestro sueño de derrocamiento a nivel internacional. Como ejemplo de lo anterior, me vienen a la mente numerosas acciones que han tenido lugar en todo el mundo entre abril y mayo de este año, en pleno periodo de cuarentena general, contra las estructuras telemáticas y de energía. Un gran número de acciones que se dirigieron a objetivos similares en gran parte del mundo en un mismo periodo, enviando una señal significativa, aunque la mayoría de estas acciones se realizaron en total anonimato y, en gran medida, fueran desconocidas.

Propaganda y difusión de las ideas

Tengo que reconocer que el término propaganda nunca ha sido particularmente de mi agrado, considero que su utilización en el pasado no es motivo suficiente para que tengamos que continuar usándolo.

Una vez aclarado esto, prefiero limitarme a hablar de «difusión de las ideas» que, como despectivamente advierten los editores de Vetriolo, deja «una sensación de indeterminación»; algo a lo que le atribuyo un gran valor, ya que sólo lo indeterminado deja lugar a la apropiación individual y la transformación de los conceptos y, (algo que me gustaría subrayar), no implica una falta de claridad.

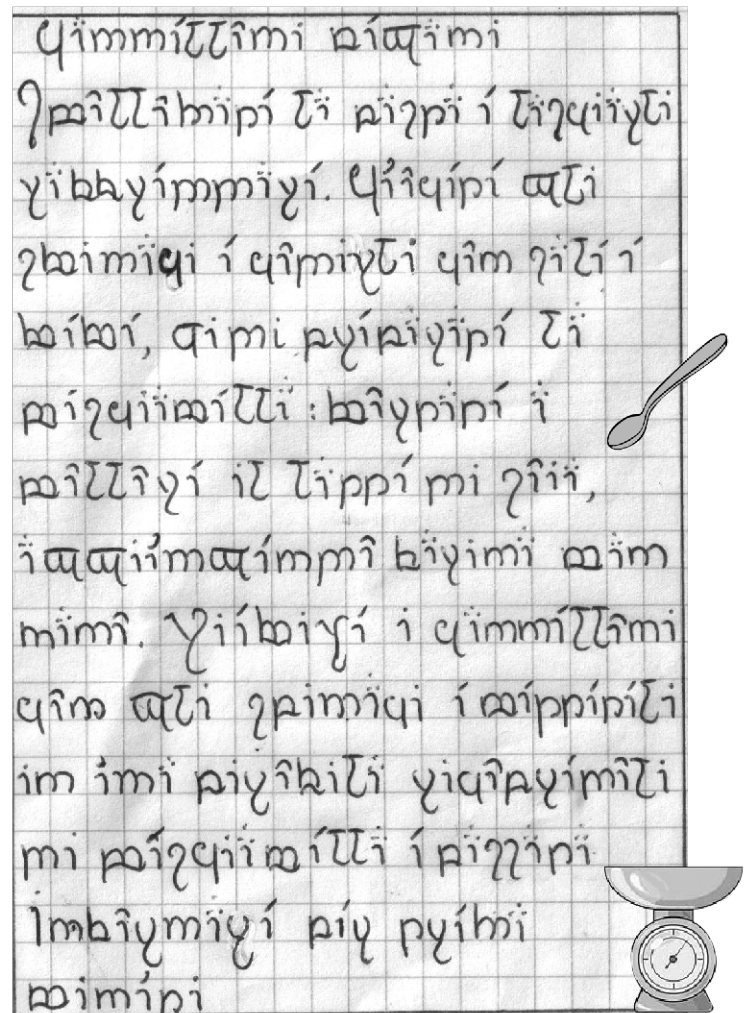
Estoy de acuerdo con que la difusión de las ideas anarquistas siempre vayan de la mano de la acción, porque de esta manera adquieren potencialidad subversiva.

No creo que si los tiempos cambian deban de actualizarse nuestros medios, por el contrario, deberían ser nuestros medios obsoletos los que cambien los tiempos. Por otra parte, considero que lo expresado anteriormente sobre la organización informal también se aplica para la difusión de las ideas. El tiempo nos ha demostrado el sinsentido y la inutilidad de la miríada de información que se propaga a través de los medios de comunicación, tal vez, en este preciso momento, un texto en la pared, un folio suelto, un periódico, una revista, un libro, puedan romper esta fantasmagoría virtual y devolver a la realidad a lxs que todavía sueñan; o puede que no, pero de todas formas pienso que vale la pena intentarlo. En la última parte de la entrevista, en cierto punto se lee: «...si queremos ser incisivos y eficaces con nuestras acciones no podemos prescindir de ensuciarnos las manos con la tecnología y, por lo tanto, con algo realmente tóxico y peligroso». ¿Qué significa ser incisivo? Nuestra vara de medir no tiene que ser cuantitativa a la hora de elegir los medios, sino, más bien cualitativa; y, si el problema es la limitada capacidad del material impreso para poder llegar a mucha gente, considero que debemos prestar más atención al compromiso que dedique cada quien a la difusión de estos medios y herramientas que nos permiten ampliar nuestro potencial. Seguramente es más fácil escribir un texto y compartirlo en PDF por Internet, que imprimir muchas copias y distribuirlas per-

sonalmente. Si esto nos resulta cada vez más difícil, es por la falta de lugares adecuados para difundirlos y de medios para imprimirlos de forma autónoma y a menor coste. En lugar de pensar en el potencial que pueda brindarnos la web, me parece mucho más interesante reflexionar sobre la difusión de nuestros periódicos y revistas en papel, sobre la apertura de bibliotecas, librerías, archivos, y sobre la funcionalidad de la tipografía y la impresión autónoma. Aún más, ahora que el Estado amenaza con cerrar toda actividad comercial, de la que, desgraciadamente, somos cada vez más dependientes.

Otra duda que tengo es en referencia al potencial de la web para la difusión internacional de acciones mediante reivindicaciones. La inmediatez del Internet no le resta mérito alguno a los periódicos; las noticias sobre lo que ocurrió del otro lado del mundo siempre han estado ahí; definitivamente, el tiempo de difusión era diferente, quizás veníamos a enterarnos de una acción un mes después, pero eso no cambia la sustancia de las cosas.

Si el internacionalismo estuvo particularmente vivo a principios del siglo XX, no fue porque las noticias viajaran velozmente a todas partes, sino porque lxs propios camaradas se movían de un lugar a otro, creando redes de relaciones dondequiera que vivían. Considero que para revivir el internacionalismo no basta con la comunicación escrita, me parece imprescindible la proliferación de esas relaciones profundas a través de las cuales aspiramos a subvertir este mundo.



¡Que la puerta se abra!

Ha llegado el momento de que el Komos dionisiaco rompa las dañadas puertas de esta ciudad.

Ha llegado el momento de abandonar la obediencia a un sistema que produce solo normas y miseria.

Ha llegado el momento, como en los tiempos de las bacanales, de escuchar el canto de la revuelta proveniente del ágora, abandonar los propios miedos, y darse al placer ilimitado de la destrucción.

El régimen de las batas blancas quizás empieza a vacilar, el opio suministrado cotidianamente por sus fieles representantes parece perder su poder de adicción.

Si el miedo a morir parece haber mantenido a raya hasta hoy al dócil rebaño ciudadano, ahora las garantías de seguridad se muestran por su efectivo rol: suprimir cada forma de libertad individual.

Voces de insubordinación hacen eco entre las avenidas de esta decadente civilización, Nápoles, Torino, Milán, Roma, Catania...

¡Y entonces por qué no escucharlas!

El espectro del confinamiento deambula entre las casas.

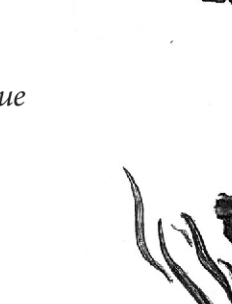
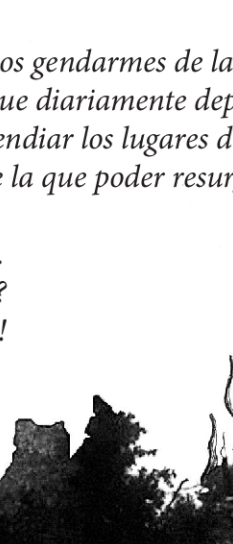
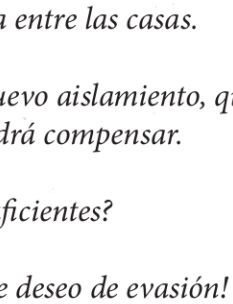
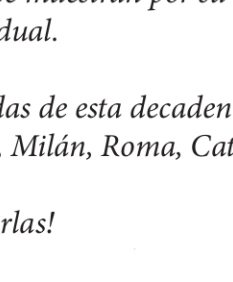
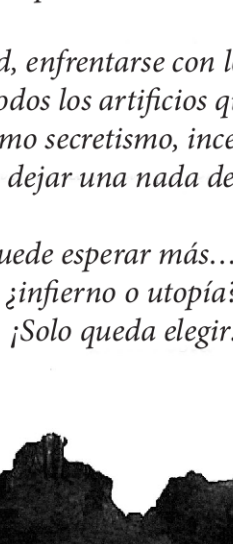
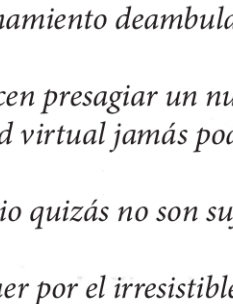
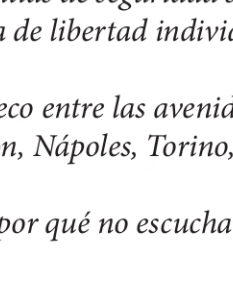
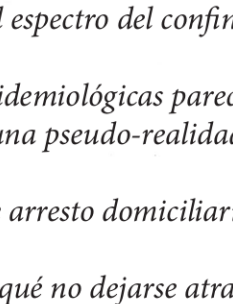
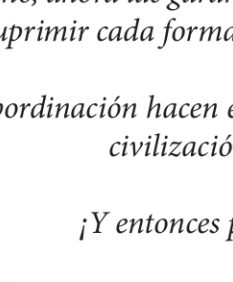
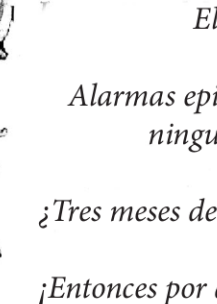
Alarmas epidemiológicas parecen presagiar un nuevo aislamiento, que ninguna pseudo-realidad virtual jamás podrá compensar.

¿Tres meses de arresto domiciliario quizás no son suficientes?

¡Entonces por qué no dejarse atraer por el irresistible deseo de evasión!

Danzar por las calles de la ciudad, enfrentarse con los gendarmes de la mortífera quietud burguesa, destruir todos los artificios que diariamente depredan cada rincón del propio e íntimo secretismo, incendiar los lugares de la opresión para dejar una nada de la que poder resurgir.

*No se puede esperar más...
¿infierno o utopía?
¡Solo queda elegir!*



SOBRE LA CIVILIZACIÓN, LOS CUERPOS, LAS ENFERMEDADES, EL CIELO Y OTRAS VISIONES

Este texto ha sido escrito por Francesca, una de las compañeras arrestadas por la operación Bialystok, la enésima operación represiva contra anarquistas cuyo proceso ha empezado en diciembre del 2020. El texto ha sido escrito en la cárcel de Almería (España), mientras tanto Francesca ha sido extraditada a Italia y actualmente se encuentra presa en la cárcel de Latina. [Nota: Francesca, junto con Flavia, Robi y Nico, salió de la cárcel en marzo de 2021. Claudio fue liberado en julio de 2021. Su juicio sigue en curso].

A las amigas
CP de Almería, junio 2020

*“Salvaje no es quien vive en la naturaleza
sino quien la destruye”*

Es la primera inscripción que leo en el receptáculo de mi celda, la n.50, expuesta al norte, desde el otro lado del patio, en la sección donde ponen a las mujeres en cuarentena por COVID. Estas palabras me estampan en la cara la contradicción de la cual la civilización es portadora, donde “civilización” es en este lenguaje de la sociedad sinónimo de paz, valores morales, bienestar, o como se diría, una ética. Y como para mí, la civilización es esta cárcel, estos barrotes que dejan entrar el sol sobre este muro a rombos y bolitas, teñidas de color azul para confundirse con el cielo y confundir el significado de la propia civilización.

De vez en cuando miro a fuera para ver si el gato negro ha venido a comerse lo que le tiramos por la ventana, otras veces siento el picoteo de palomas que desmenuzan el pan, y escucho cantar los gorriones y otros pájaros que se apoyan en la antena de la tv aquí cerca. Su música deletrea el tiempo junto a ruidos metálicos que anuncian las visitas de las funcionarias o de las trabajadoras, que te cuentan, te traen cartas para firmar, bandejas de capitalismo en forma de comida y la compra, que desde aquí puedes hacer cada día. Por hoy, deberían haber terminado de hacer su vuelta, y es un momento tranquilo, con la luz amarilla del crepúsculo y el cotorreo de los pájaros, casi que si no levantas la cabeza podrías estar en otro lugar. Un otro lugar que existe y no existe, un lugar que no es una prisión, que no es una sociedad basada en el chantaje de ésta, en el “resolver” problemas creando leyes, en el crear problemas para poder crear una ley, y en quien la apoya, quien la representa, quien la acata y quien, luego, castiga.

Estoy en una cárcel en un mar de plástico, en un desierto de piedras del color púrpura del hierro, no lejos del mar, eso es verdad, con sus olas, los flamencos y los delfines; pero aquí no hay nada de esto, ni siquiera del desierto, sino masas de cuerpos que se mueven juntos siguiendo el ritmo metálico de los candados que se abren y se cierran.

Siento voces de hombres –¿quizás están comiendo?– pero no distingo las palabras, el sonido rebota, resuena, tantas palabras todas juntas. En el fondo ni siquiera me importa lo que se dicen, es su vida, su módulo, sus partidas de fútbol; el mío es un mundo femenino, hecho de máscaras creadas para el rostro con el mal jabón que te dan, de camisetas

con brillantes, de una fuerza deslumbrante, misteriosa, fascinante, que temo pero por la que soy atraída.

Durante la tarde, en el patio, estaba lavando en los baños el peine con el qué había distribuido la henna por el cabello de una mujer que he conocido y ya lleva aquí casi veinte años. Entra de repente toda emocionada la otra de la sección y me dice: “¡Sal, sal! ¡Que hay dos palomas blancas! ¿Sabes qué quiere decir? ¡Significa libertad! ¡Dos mujeres saldrán pronto!”. Salgo y me sorprende, como si no supiese que estaban, termino de lavar y vuelvo a nuestra mesa, observándolas, y se me llenan los ojos de lágrimas, no sé decirme por qué, quizás porque aquí son el sueño de todas, radio cárcel ya lo habrá hecho saber a todas y dentro de cada una el corazón habrá batido más fuerte de lo habitual, de esperanza, de ganas de ser libre. Estuvieron jugando un poco entre los barrotes de una celda, luego volaron fuera, mientras las mirábamos junto a una mujer de la otra sección, desde detrás de sus barrotes, y se hablaba con gestos para no despertar a las demás, y aunque ella supiera que no sería la próxima en salir, sonreía como si ella misma estuviera volando a fuera con ellas, sonreía por alguna otra de nosotras –otras dos de nosotras– que pronto estarían fuera. Un fuera de km y km cuadrados de sierras llenas de pesticidas y explotación, al lado de las cuales, en otras sierras en desuso, viven los trabajadores que por cuatro duros recogen tomates por toda Europa, que en Suiza quién sabe a cuanto venden el kilo en febrero. Pero siempre un fuera donde las puertas tienen manillas, que puedes tocar, abrir y cerrar si tienes ganas. Quizás no todas, es cierto, pero alguna sí. Es un fuera donde hay otros dentro y fuera comunicados, donde los espacios y los tiempos tienen un sabor, donde puedes llegar tarde, donde puedes perder algo sin pensar en seguida que te lo han robado, y ahora te toca hacer una movida, para evitar que te coman. Es un fuera que se pierde en el horizonte, donde puedes seguir con la mirada hacia las estrellas que se mueven, donde cada noche puedes arrancar un poco de libertad.

Vivimos un momento de cambio histórico: la globalización, que empezó con la amenaza del fin del mundo de la guerra atómica en el 1945, ha alcanzado hoy su tremenda afirmación en la difusión del virus y en las medidas de seguridad impuestas a nivel mundial –con alguna excepción– para evitar el contagio. El capitalismo que juega con la vida de quien produce el capital y su miedo a la muerte, adopta el imperativo de la salud pública, ahora ya abusado, con un traje nuevo. La otra cara del COVID se llama internet, sin el cual ni la difusión del contagio ni la difusión del miedo sería posible.

¿Ya está lista en la incubadora la nueva generación de humanxs transgénicxs resistentes al COVID?

En la era postrevolucionaria y postevolutiva, con la rapidez del 5G, la biodiversidad es tecnología. En la era posthumana las madres de todas las clases sociales invocan una vacuna para la salud de sus hijos y de sus hijas y de sus familias. No sé si tiene sentido escribir para hipotetizar sobre las revueltas y las rebeliones de las que se opondrán a tener hijas modificadas y envenenadas por las radiaciones, de las que se darán cuenta de este último paso de la *hybris* de la razón, y pondrán en discusión la civilización entera.

Se ha abierto una nueva fractura en la historia, donde se juega la propia existencia del ser humano, de la consciencia, causada directamente por la propia humanidad (una parte de ella), donde la naturaleza asumirá significado de ANTES y no más de fuera, como quería Hegel. Donde la relación será entre lo que existe y lo que ha existido, no entre dos existentes contemporáneos. La contemporaneidad se convertirá en un sujeto únicamente en la tecnología y a través de ella, su sujeto principal, diría, y el humanx no modificado será el nuevo salvaje, con la acepción negativa de que la civilización ha puesto en esta palabra. Será un peligro social, potencial portador y propagador de enfermedades, que habrá que mantener encerrado en lugares adecuados lejos de los ojos y del corazón, similares a las reservas de los aborígenes o de los pieles rojas de hoy. Fichadx, controladx, dirigidx, incapaz de encontrar medios de supervivencia, rascarán el barril del capitalismo. Las tierras contaminadas, los árboles lugar de concentración de insectos dañinos para ellos, escapados de los pesticidas de los vecinos, cuando no mezclados con organismos transgénicos. Cuerpos debilitados, desconectados de sus raíces, los nuevos salvajes deberán luchar para su supervivencia contra múltiples enemigos, que si los dejan vivir será por tener un grupo a quien controlar frente a nuevas enfermedades, para poder decir después de cada nueva epidemia que es así como mueren los que no saben aceptar el curso de la historia.

Una historia que es la historia de la civilización, reproducida, actualizada, perfeccionada y transmitida a través de las generaciones, a cada nuevx miembrx humanx que viene al mundo, mediante lo que llamamos comúnmente educación. Hoy en día bien alejada de su raíz etimológica, el significado de “educación” se parece más al de civilización y domesticación, que al de expresión de las propias potencialidades, o acompañamiento a la expresión de las de cada unx. Tener hijxs educadx hoy significa que dicen

gracias y por favor, que no hagan jaleo, que sepan “estar en su lugar”, que respeten la autoridad de lxs padres y madres, maestrxs y demás. La educación en familia –aquí hablo de la familia por parte de la Europa mediterránea, que es la que conozco mejor– se basa en esto. La familia de las democracias del *welfare state* es buena y abierta mentalmente, basada en valores cristianos católicos modernizados, se puede no creer en dios pero sin cuestionar los valores que esta civilización ha tenido como fundamento durante siglos. La familia post-burguesa puede tener hijos artistas, lo importante es que trabajen para ganarse el pan; las hijas pueden ser artistas hasta que no tengan que desarrollar su real deber, ser madres y tener hijxs que también sean educadx. La juventud como edad en la vida se ha alargado, para las mujeres convencionalmente termina pariendo, y de ahí en adelante su sexualidad debe ser gobernada, su cuerpo debe tener un aspecto decente, que significa principalmente escondido y conforme, sin mover tanto el culo, limpio y domesticado, que más o menos significa sin pelos a la vista. Un cuerpo diferente no está bien, está juzgado como poco saludable, es un cuerpo de pobre, de drogadicta, de puta. Para una mujer adulta en el sentido en el que estoy hablando aquí, no ocuparse del propio aspecto es pecado, significa no ocuparse de la prole, de la pareja y de la sociedad entera, significa pereza, falta de amor propio, y de por sí es peligroso para la conservación del oren social. Pero el aspecto del cuerpo no es el cuerpo en sí: está hecho de pastillas para adelgazar, trucos para cubrir la piel que sufre por la comida no nutritiva y envenenadora que el capitalismo ofrece, cremas químicas que contaminan las aguas de la tierra entera, posturas incómodas que causan problemas a la columna vertebral, cirugías estéticas para parecerse al modelo propuesto. Significa tiempo y dinero gastado y nunca ser suficiente, para reproducir envidias y competiciones sociales, para buscar constantemente cambiarse, y no conocer o aceptar el propio cuerpo como algo único y portador de sabiduría milenaria, sino trabajar para desconectarlo de sus raíces y domesticarlo gesto tras gesto. Significa pensarlo como el envoltorio que nos contiene, que hay que sacarle brillo, llevarlo al mecánico-médico cuando algo no funciona, llevarlo a pasear para que sea admirado y para crear celos. Así ya no sabemos escuchar lo que el cuerpo nos dice, no comprendemos su energía, no sabemos leer sus mensajes más o menos sutiles, creemos que no está conectado con nuestras emociones, memorias, historias. Pensamos que existen enfermedades que llegan del cielo que se resuelven medicalizándonos, con pastillas que no sabemos qué hacen y qué contienen, pero delegamos el conocimiento de nuestra carne a algún otrx, para no cargar con lo que hacemos y no hacemos, para alejar la responsabilidad de nosotras mismas, porque nunca nos lo han enseñado, porque nos han dicho que se hace así, y se aprovecharon de nuestro miedo al dolor y a la muerte. Donde no existe una comunidad que colectivamente construye significados y simboliza los grandes misterios y las grandes fuerzas del mundo, sedientas de sentido para nosotras mismas y eso que nos rodea, nos encontramos impregnadas de la falta del sentido que nos proporciona el sistema que vivimos, trasladándonos constantemente de los fines a los medios,

acostumbradas así a preguntarnos “cómo” y trabajar sobre este punto, en vez de ir al “por qué”. Preguntar “por qué” es una cosa de niñxs, de ingenuxs y soñadorxs, para lxs que tienen tiempo que perder. Como mucho el por qué se puede resolver con el dios de la cultura de referencia, que en este caso es una palabra para decir “no lo sabemos, pero seguro que existe un por qué y él lo sabe”, que es solo un matiz diferente para no dar ni siquiera la posibilidad de preguntárselo, desde el corazón.

Nuestro cuerpo es un cuerpo muerto, como ese estudiado al comienzo de la medicina occidental en el ‘600, es un cuerpo dividido en partes, unido a tejidos, visible con el ojo del biólogo, que no vibra, donde el alma está en alguna parte del cerebro y es algo como el sistema nervioso. El cuerpo de la mujer en particular es una versión del cuerpo masculino pero más cruda, cuya función es excitar el ojo del hombre para procrear y continuar la especie. Los otros cuerpos fuera de este binarismo abstracto, hasta hace poco tiempo no existían, hoy son cuerpos imperfectos, equivocados, para medicalizar y llevar por la vía recta “que la naturaleza nos ha dado”. Como si no fuese la cultura la que nos ha dado este binarismo, mientras la naturaleza contempla infinitas posibilidades y matices de cuerpos y colores.

Pero de los cuerpos vivos, reales, concretos, polifacéticos no se puede hablar si no es en el sentido de lo exótico –derivado directo de la colonización–.

Recientemente ha entrado con fuerza un nuevo actor en el juego de la sociedad, versión postmoderna y globalizada de los cuerpos de lxs leproxs y de lxs pestilentes: es el cuerpo contagiador de covid, que no puede tocarse ni tocar, que debe estar lejos. Pero aún más interesante es el cuerpo de lxs potenciales contagiadxs, que tiene la responsabilidad histórica del bien de la humanidad: que por el amor de sus seres queridxs y sentido del deber tiene que estar atento, alejado, cubierto, escondido, encerrado y aislado en su casa-cárcel. Esto resulta posible porque quien “posee” ese cuerpo al mismo tiempo está en contacto con otrxs poseedorxs de cuerpos, a través de internet, smartphone, en el mundo virtualizado que se prepara para la llegada del 5G (no puede no surgir la duda sobre la coincidencia y convergencia de estas dos fuerzas globales). Separados así del todo, cuerpo y razón, con el triunfo desmesurado de esta última, resultado perfecto llegado después de más de dos milenios de agotadora guerra de la brillante civilización. Ahora que se puede hacer todo (o casi, pero esperamos las asombrosas aventuras del 5G) sin el cuerpo, utilizando solo los ojos y los índices de las manos –¿es casualidad que sea el dedo de la acusación y del juicio?– el cuerpo es cada vez más un peso, un potencial portador de contagio, de sufrimiento, de enfermedad y de muerte. En el nuevo paradigma del teletrabajo, el cuerpo occidental ya ni siquiera es un cuerpo-fuerza-trabajo; para esas cosas como recoger la comida que todxs necesitan para nutrirse se pueden utilizar y sacrificar los cuerpos que llegan de otras partes del mundo, en general del sur, cuya vida y salud no vale mucho. De todas formas, habrían muerto de hambre o de otras enfermedades.

Si el proyecto continúa en la dirección que está siguiendo,

el cuerpo de la mujer como reproductor también será minimizado, se podrá acceder cada vez más a incubadoras para óvulos fecundados o úteros en alquiler, de otras mujeres, alejadas de los ojos y del corazón. Y el cuerpo sexualizado y seductor puede reducirse simplemente a la imagen del mismo, sin ningún peligro por la salud pública. Se abre así un último acto del cuerpo de occidente, reducido a algo llano e inconsistente, como la hostia que representa el cuerpo de cristo en las misas de esta cultura.

*** INTERMEDIO ***

¿Desde qué parte dentro de mí encuentro todavía la fuerza de lanzar el corazón al cielo y encontrar modos de realizar el sueño de la libertad? A pesar de todo lo que la vida me ha llevado a conocer de los seres humanos, ¿cómo creo aún que es posible un mundo de amor?

¿En qué creo yo? ¿Que de verdad un día se vivirá en libertad sobre la tierra? ¿Que existen maneras para detener esta ruina, destrucción de la naturaleza? ¿Que yo puedo hacer algo?

Es la fascinación de la experiencia al límite que me llama, magnético. Es el magma que se incuba en mis vísceras, que quiere emerger al mundo entre lava y destellos que mueve mis días. Porque en el fondo, ¿a caso no estamos siempre solxs? Lejos de las pendientes de las inquietudes en las que se mueven las emociones que solo a veces llegan a flote, que más raramente logran expresarse con palabras y por lo tanto logran ser pensadas, que hay, si no el lugar de la soledad, del saber que estamos aquí, frente al universo entero, y mirarse las manos y preguntarse qué hacer con ellas, que no sea arrastrarse a lo largo de la vida para sobrevivir. Pedirles que te lleven lejos, al principio y al final de las cosas, a crear lo impensable, a volver posible lo imaginado, a romper la historia, a vivir de lleno la fractura de la existencia que se separa de la nada. Manos que han aprendido a reconocer los sutiles rasguños de las pieles habitadas, que han jugado con los elementos del mundo y han modelado una belleza caótica y armónica que ha sabido detener el tiempo de la vida –quizás solo mi tiempo, mi vida–. Pero el sonido, ese de lo imposible que se hace existente, resuena como truenos en la tormenta, y es seductor como el de las olas que se rompen rediseñando cada instante al límite del mar.

*** PRÓXIMOS PASOS ***

Lanzo finalmente un poco de futurología, consciente de que mi análisis es limitado y no abarca muchas cuestiones que aquí no tocaré, de las cuales probablemente muchas ni siquiera figuran en mi pensamientos.

He dicho que nos encontramos de frente con duelo final entre la razón y el cuerpo: podría decir entre la civilización y lo salvaje (como idea práctica), cultura y naturaleza, mente y emociones, universo del hombre y de la mujer (en sentido à la Davis como no-hombre), de occidente y del resto del mundo, y muchas otras dicotomías y dualismos

que, metafóricamente o no, expresan esto. El dualismo ha servido, desde que existe, para contraponer a nivel vertical las diferencias, que en otras historias y en otros lugares coexistían en un plano horizontal. Desde que la vida y la muerte han sido opuestas y separadas del ciclo que las unía, la razón es lo que ha ganado la inmortalidad, el infinito, y el cuerpo ha sido condenado a la inutilidad tras la muerte, de la muerte. Por lo tanto se asoman nuevos dualismos, porque para asegurar el poder se necesita el miedo, para tener miedo se necesita ignorancia, de lo desconocido, de lo diferente como amenaza. ¿Cuáles, por lo tanto? Hemos visto el cuerpo enfermo, o que puede enfermar, que se contrapone con el cuerpo modificado genéticamente, que señala el fin del cuerpo caduco, pero no del cuerpo en sí, hasta que –cosa que dudo– se descubra cómo vivir sin cuerpo (noto por cierto que este gran sueño también lo comparten religiones como el catolicismo, con la vida en el más allá, y las versiones occidentalizadas del budismo, entre otras). Los cuerpos a los márgenes de la civilización occidental seguirán pululando con sus virus y sus bacterias, esquivando bombas, acogiendo radiaciones, desechos y contaminación de todo tipo.

Uno de los pasajes más próximos que podemos vislumbrar es ese sobre la difusión de la vacuna, partida que se jugará como ya he dicho utilizando sentimientos humanitarios, sobre la generosidad, sobre la ética. Las mujeres serán el pilar del márketing, precisamente por su función histórica de cura del prójimo. Contemporáneamente se jugará la batalla sobre el 5G, y sobre la transformación de la sociedad que conlleva, y citaré el internet de las cosas (el otro día leía un artículo sobre el Internet of Wildlife, para “la conservación de las especies en riesgo”) y la inteligencia artificial. De la mano de esto va toda la tecnología tal y como la estamos viendo y desarrollando: la transformación genética del ser vivo incluido el humano, las personas reducidas a datos “privados” de cuerpo, comunicaciones virtuales y lo que ya sabemos. Para hacer funcionar todo esto, se necesitan nuevas cantidades de energías, desde la atómica a las “renovables”, con consiguiente construcción de infraestructuras, devastación, contaminación y explotación de las periferias del mundo y sobre todo de sus habitantes, y guerras, y economía que gira. Veamos cómo ahora se está concluyendo la última gran “reforma agraria”, necesaria como siempre para preparar revoluciones industriales, con el *landgrabbing* en particular en África por un lado, y las modificaciones genéticas de plantas y animales por el otro. Pero sabemos por la historia que no hay capitalismo sin colonización, y una vez que te quedas sin tierras para comprar, para invadir, para exprimir, ¿qué haces? No es casualidad que se haya probado de hacer crecer plantas de algodón en el lado oscuro de la luna, o que se hagan experimentos para hacer crecer plantas de albahaca debajo del agua, con un ingenioso sistema para desalinizar por condensación el agua del mar, y esto a pocos pasos –o brazadas– de la costa de Génova; si publicaciones como National Geographic titulaban ya hace algunos años “Nuestra nueva casa: Marte” o si hoy en algún artículo se puede leer sobre nuevos descubrimientos sobre algún planeta o nebulosa, o

si los EEUU han inaugurado en 2019 su ejército de defensa espacial. Y luego, está la necesidad del control totalitario de la población y de todo lo que existe, hasta el virus más invisible o los llamados genes: un nuevo modelo que puede ser instaurado solo con el terror. Hemos visto las pruebas generales, estamos ansiosos por el *coming soon*.

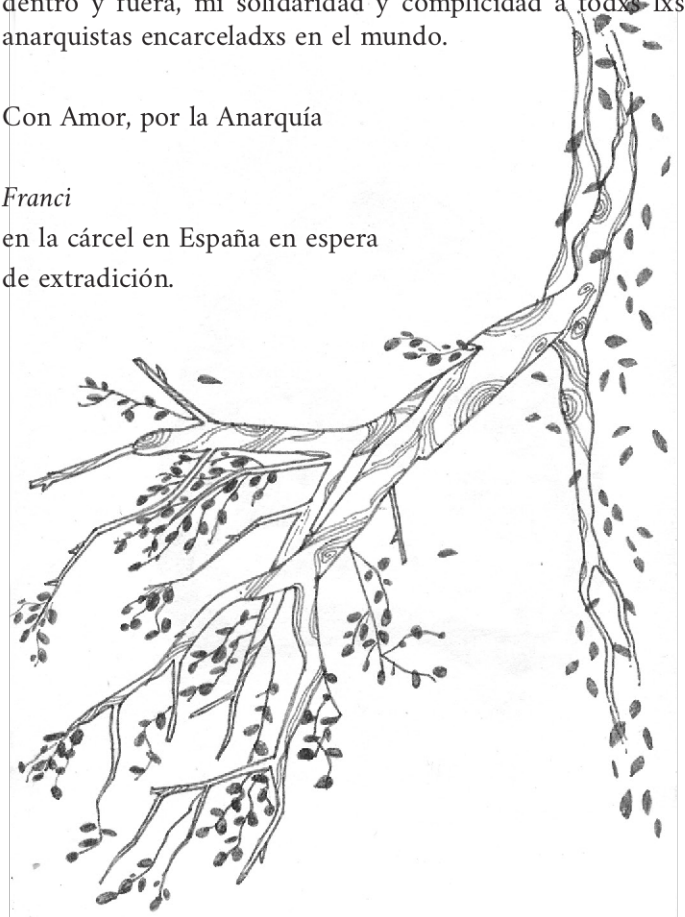
Y finalmente estamos nosotras, esas que el amor por la libertad, la solidaridad entre estxs y aquellxs, las músicas de los sueños y las danzas de las brujas, el corazón lanzado entre las estrellas, y la vida que continúa de un modo u otro, con sus pequeñeces y los deseos insatisfechos, las distracciones y las sensaciones de impotencia...

...pero yo sigo pensando y sintiendo que cada día es el indicado, que cada noche puede ser la última y hay que vivirla hasta el final, que cada sueño se merece buscar alas para volar, que el único límite real de nuestra acción es la imaginación, que la libertad es un fuego que te estalla dentro y que seguirá creciendo mientras haya algo que quemar, en sus facetas infinitas, algunas quizás terribles, otras maravillosas.

No diré nada en particular sobre mi encarcelamiento y sus motivos, solo que resulta evidente como la cárcel es la base y el eslabón fundamental de esta sociedad, y que la solidaridad y el intento de romper el aislamiento que la cárcel crea, cada vez más, da miedo al estado. Un pensamiento a todas las personas encerradas, un abrazo a esas que luchan dentro y fuera, mi solidaridad y complicidad a todxs lxs anarquistas encarceladxs en el mundo.

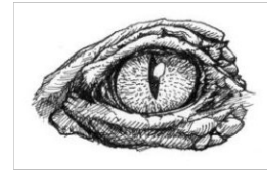
Con Amor, por la Anarquía

Franci
en la cárcel en España en espera
de extradición.



NEGATIVIDAD QUEER

CAPÍTULO I



Las formas de actuar del poder se modifican adaptándose a los tiempos, de la misma manera como se perfecciona su capacidad de recuperación de los intentos de rebelión. Al mismo tiempo, gracias al consumo de masas el nivel de alienación entre los miembros de la sociedad más explotados y marginados cada vez se hace más profundo, a favor de una integración casi total a los valores dominantes. Es necesario repensar la anarquía a partir de la historicidad presente para elaborar nuevas propuestas que congenien con los tiempos que corren, propuestas que escapen del legado de la izquierda que aún caracteriza algunos análisis anarquistas y pongan en el centro la insurrección que parte del individuo en vez de una confianza proyectada hacia el futuro en una hipotética revolución o insurrección que debería realizarse junto al actuar de las masas.

En el reciente largo texto de análisis del momento histórico actual, *Covid-19: la anarquía en tiempos de pandemia*, el anarquista Gustavo Rodríguez encuentra en la llamada “corriente antisocial” de las teorías queer una posible interesante contribución a esta reformulación teórica, por su concordancia con una concepción anárquica que tiende al nihilismo o al menos por las posibilidades de reelaboración que ofrece en este sentido. Invita por lo tanto a expropiar los textos que nos interesan de la “torre de marfil de la teoría”, a asaltar la caja de herramientas conceptuales contemporánea y a extraer esos instrumentos que nos pueden ser útiles para nuestros proyectos de destrucción de lo existente. Añade que algunos instrumentos serán afilados para darles una carga más ofensiva; otros serán adaptados y ajustados a nuestro contexto; solo algunos podrán ser utilizados como ya se están utilizando, sin ninguna modificación. Rodríguez repasa por lo tanto con una breve descripción los autores y las corrientes de los que el anarquismo, a partir de sus inicios, ha tomado inspiración y de los que ha reelaborado las ideas: como el anarquismo del siglo XIX se ha alimentado de las ideas Iluministas (Rousseau, Godwin...) y de la Revolución Francesa (Maréchal, Babeuf...), el del siglo XX se ha desarrollado a partir de la crítica al marxismo y nutriéndose de las teorías de pensadores como Stirner, Darwin, Nietzsche, Schopenhauer, Baudelaire, Freud, Maltus, u otros más recientes como Camus, Goodman, Adorno, Castoriadis, Marcuse, Arendt, Lyotard, Derrida, Debord, Foucault, Deleuze, etc.

La anarquía es una idea en continua reelaboración, nunca estática, que se nutre siempre de nuevas contribuciones, y debe confrontarse necesariamente con el tiempo histórico en el que vive y actúa. Esto es lo que la caracteriza y lo que la marca como diferente ya que si incluso la lucha por la libertad tiene una historia y una herencia importantes para conocer y transmitir, esta no se traduce en una teoría unívoca ni en una proyectualidad dada de forma definitiva, como sucede en cambio con muchas otras doctrinas políticas y religiosas. La anarquía no quiere referencias ideológicas intocables, dogmas para seguir, precursores

elevados a profetas, sino un constante cuestionamiento de las ideas que animan la lucha contra el poder, en una confrontación que implique tanto las ideas del pasado como las ideas contemporáneas que emergen de una observación del tiempo histórico presente, aptas para enriquecer nuestra comprensión y nuestro actuar.

Rodríguez propone que un primer paso en esta dirección sea la apropiación/expropiación de la “teoría del fracaso” y de otras elaboraciones teóricas –y, yo añado, prácticas– de la corriente queer antisocial, para volver a llevar al anarquismo a una negatividad asociada a la informalidad, a la inmadurez, a la irracionalidad, a la improductividad, a la ineficacia, a la desorganización, a la ausencia de futuro. Jack Halberstam, en su libro *The queer art of failure*, propone una reivindicación del concepto de fallecimiento, que “conserva alguna cosa de la maravillosa anarquía de la infancia y perturba el supuesto claro límite entre adultxs y niñxs, entre vencedores/as y perdedores/as. Aunque también es cierto que el fracaso viene acompañado de un conjunto de sentimientos negativos, como la decepción, la desilusión y la desesperación, también nos da la oportunidad de utilizar esos sentimientos negativos para crear grietas en la positividad tóxica de la vida contemporánea”. ¿La historia del anarquismo no es, en cierto sentido, la historia de nuestros fracasos? ¿Por qué no valorar el placer que sacamos de cada batalla, en vez de concentrarnos en el éxito de la guerra, que inevitablemente nos ve perdedores/as?

Según Rodríguez, asumir y practicar el fracaso nos llevará a abandonar la fe en el triunfo, la lógica del sacrificio, el alto grado de eficiencia, la búsqueda del reconocimiento social, el interés por el resultado, nos ayudará a prescindir de la esperanza y a romper la inercia; experimentar el fracaso como rechazo absoluto del dominio, que se explica únicamente a través de nuestro deseo de negación. Un anarquismo antisocial, parricida y antihumanista que en la teoría y en la práctica tienda a negar el sujeto más que a afirmarlo, a querer interrumpir la sucesión de las generaciones más que a perpetuarlas, porque su continuación es solo la continuación de todo aquello que anhelamos destruir. Una negación a repetir, reproducir, reconstruir... incluso revolucionar ya que la revolución no sale del cuadro conceptual y material de la civilización.

Acogiendo la propuesta de Rodríguez, intentaré en este y en sucesivos textos reestructurar algunas de las ideas más interesantes que a mi parecer han surgido de las reflexiones filosóficas queer, con una atención particular hacia esos autores, esas autoras y esas corrientes que pueden encontrar más afinidad con una concepción anárquica, nihilista, e insurreccional, o que pueden ser útiles para una apropiación en ese sentido. Además, puesto que las teorías queer nunca han estado separadas del ámbito del actuar queer radical, mi mirada se extenderá hacia las propuestas de acción que una nueva generación de grupos e individualidades queer anarquistas está elaborando y poniendo en práctica con un

fuerte énfasis en la informalidad y la conflictividad permanente, en contraste con las viejas concepciones de la lucha política y con cualquier tipo de legado de la izquierda.

Para agilizar la comprensión de este tema primeramente realizaré una contextualización general de las teorías queer, focalizándome particularmente en los aspectos que pueden converger con un cierto tipo de tensión anárquica. Con esta finalidad, sacaré algunas definiciones del libro *Las teorías queer. Una introducción* de Lorenzo Bernini, que ya en sí proporciona diferentes perspectivas. Bernini sitúa las teorías queer dentro del espectro más amplio de las filosofías políticas, cuyo campo de investigación concierne al poder; en el caso de las teorías queer, no solo concierne al poder institucionalizado (leyes e instituciones estatales) como en las interpretaciones más clásicas, sino también a aquellas formas de poder ubicadas fuera de los cánones del Estado y del derecho, como han argumentado pensadores heterodoxos como Marx, que reconoce el poder en las relaciones de propiedad, o Foucault, que habla de micro-física del poder. Las teorías queer, por lo tanto, no pretenden solo examinar esas formas de poder que se ejercen ‘desde arriba hacia abajo’ por medio de los aparatos del Estado, sino también esos dispositivos normativos que recorren todo el tejido social, estableciéndose en las relaciones interpersonales hasta conformar las subjetividades individuales.

Esta concepción del poder resuena con esa atención del individuo expresada por pensadores como Stirner, Nietzsche y muchxs anarquistas individualistas, para los que el poder no tiene lugar solo en las estructuras físicas y en los sujetos externos al propio individuo, sino también en las estructuras psíquicas de esclavitud y alienación que legitiman y reproducen ese poder. En consecuencia, paralelamente a una lucha contra los mecanismos exteriores que causan nuestra opresión material, es necesario y esperable un trabajo de ‘revolución interior’ para liberarse de todos los dogmas, las creencias, los prejuicios, los fantasmas fruto de la educación con los valores dominantes que hemos recibido desde pequeños/as, porque todos estos factores también contribuyen a nuestra sumisión. El poder, de hecho, no actúa solo como pura coerción a través de la limitación de las acciones, la obligación o la prohibición, sino que tam-



bién produce posibilidades de acciones diferentes y modela la propia estructura del sujeto para adaptarlo a sus propios intereses. Desde esta óptica, las teorías queer, interesándose en esos aspectos de la existencia relacionados con el género y la sexualidad, a menudo han dedicado muchas palabras a analizar y ‘deconstruir’ la supuesta firmeza de ciertos roles sociales, su delimitación y clasificación arbitraria, el contenido de esas normas vendidas por ‘normales’ y naturales que determinan algunas de las expresiones del poder más omnipresentes entre individuos/as en la sociedad. Normas y roles que tienen su propia historia, y cuyo origen y evolución se entrelazan en muchos casos con la historia del poder estatal, religioso o científico.

Las teorías queer podrían definirse como teorías críticas, no realistas o normativas –según otras definiciones que sintetizan el espectro de las filosofías políticas– ya que su objetivo no es proponer una mejor forma de poder político. La crítica elaborada por las teorías queer muy raramente adopta la forma de la elaboración de proyectos en base a los que reformar el poder existente o sustituirlo por completo para realizar una utopía. Más a menudo, las filosofías queer son críticas en un modo no proyectual, más radical en las intenciones. Aunque este aspecto podría ser visto como problemático por algunx ya que lo pone fuera de un espectro proyectual, revolucionario, desde otro punto de vista su potencial podría residir precisamente en la tensión puramente *negativa*, no *normativa*, que las motiva.

Las tendencias más nihilistas del anarquismo son desde siempre críticas respecto a la elaboración de perspectivas colectivistas orientadas al futuro, centradas en el ideal de una humanidad redimida y de un nuevo orden social libertario que debería surgir después de una revolución social o una insurrección generalizada. Asumiendo más bien una visión pesimista, o por lo menos no optimista, de la naturaleza humana, el nihilismo presupone que las condiciones de opresión que sufre hoy el individuo son motivo suficiente para atacar a este mundo, sin que haya la necesidad de prefigurar alguna perspectiva futura fundada o de dirigir el propio actuar hacia la implicación de las masas. La revuelta solo puede surgir del individuo durante el tiempo presente en que vive su propia vida, la única que se le ha concedido vivir, y no hay ningún interés en el sacrificio de sí¹ para la salvación de las generaciones futuras o de la humanidad como categoría abstracta. En esta perspectiva, la crítica ya no tiene la finalidad de ‘encontrar una cura’ o de elaborar nuevos criterios normativos para el futuro, sino de proporcionar instrumentos de ataque al existente sin necesidad de más justificaciones que no sean la voluntad de oponer resistencia, aquí y ahora, a un poder que resulta intolerable. La crítica anárquica nihilista, como la queer radical, no tiene la ambición de pacificar la totalidad social con soluciones universales, sino que declara su propia parcialidad,

¹ NdT. ...nel sacrificio di sé. Hemos traducido varias veces en el texto la expresión “sé” que se entiende como “sí” en el sentido de “sí mismo”. A nuestro entender, con ese “sí” se busca la simplicidad y la tangibilidad del yo, rehuendo de las connotaciones del término “yo” o “individuo” que van más allá (el yo consciente, la unidad indivisible y limitada, etc). Por eso hemos mantenido la simplicidad no reificada del “sí”.

tomando posición en las luchas concretas que se desarrollan en el período histórico en el que está situada. Por consiguiente, las teorías queer no encajan en esas filosofías políticas que proyectan un modelo ideal y universal de convivencia en base al que canalizar la realidad, sino que quieren comprender la realidad actual en sus relaciones de poder. Por lo tanto, su mirada se dirige más al pasado que al futuro, para comprender la historia que ha llevado a la situación presente, en vista de su posible subversión. La finalidad de la búsqueda no es tanto establecer la verdad de los hechos, sino cuestionarlos e interpretarlos en su contexto. El cuestionamiento no quiere legitimar y conservar las instituciones del presente, sino criticarlas, incluyendo en la crítica al propio sujeto que ha sido moldeado por esas instituciones (Foucault ha definido este concepto con la expresión “ontología de unx mismx”). La oposición crítica está dirigida a poner en crisis lo existente, aparentemente sin ofrecer alternativas: tiene una finalidad destructiva, no constructiva.

Esto es especialmente cierto en esos autores que se enmarcan en la corriente queer antisocial, respecto por ejemplo a una Judith Butler, cuyo pensamiento tiene un fuerte componente de ‘negación’ de las normas sociales y de los mecanismos de poder, pero que sin embargo no esconde un cierto carácter ‘propositivo’ que coincide con la aspiración a un mundo que afloje la imposición coercitiva de las normas de género y por lo tanto permita vidas más ‘vivibles’ a quien se encuentra en una condición de mayor opresión. Un objetivo a la baja que debilita gran parte de la potencial radicalidad de su pensamiento.

Se puede decir que las teorías de Butler, fuertemente inspiradas en el original análisis del poder de Michel Foucault, se adhieren a un ‘constructivismo radical’, que ve una fuerte influencia de las construcciones sociales sobre el sujeto, en contraste con una visión ‘determinista’ que ve ciertas características como necesariamente derivadas de factores innatos o biológicos (esto lleva a modalidades muy diferentes de interpretar, por ejemplo, los roles hombre/mujer en la sociedad, la diversidad en las preferencias sexuales o en las expresiones de género, etc.). El sujeto, para Butler, resulta fuertemente moldeado por las normas del poder, cuya genealogía se investiga con la finalidad de realizar una crítica. Pero no se considera posible hallar un sujeto ‘precedente’ al modelado por parte del poder, un sujeto al que redescubrir o liberar, un individuo puro que existiría fuera de los condicionamientos de la realidad social e histórica concreta en la que está situado, fuera del mismo lenguaje y de las mismas normas que lo definen y que le proporcionan el sentido que tiene de sí mismx y lo hacen comprensible para lxs demás. Nuestros propios rasgos y los roles que interpretamos, de los que realmente no podemos salir, habrían sido modelados por quien posee el poder, los hemos interiorizado y los reproducimos en la repetición cotidiana de gestos y palabras estilizadas. Sin embargo, el riesgo de esta aproximación teórica es caer en una nueva forma de determinismo, en este caso un determinismo de tipo social.

Esta teoría se declina por Butler y Foucault en la imposibilidad de salir radicalmente del cuadro del poder, ya que

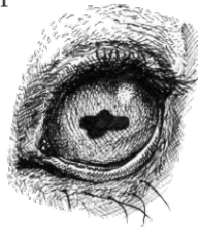
esto sería difundido en todas partes, en todas nuestras relaciones y en nuestra propia estructura psíquica. Nuestras posibilidades de acción se situarían únicamente dentro de esas normas, para desviarlas, redefinirlas y aligerar un poco su peso. Pequeños desplazamientos de perspectiva que a largo plazo pueden minar la rigidez y la jerarquía de los roles y de las normas sociales en una dirección que puede ir a favor de quien resulta discriminadx. Butler considera que la influencia social lo es todo, y que nuestros espacios de movimiento son realmente reducidos. Como títeres movidos por hilos invisibles, tendemos a representar algo que no hemos elegido. Nuestra única libertad estaría en probar pasos de danza diferentes, pequeñas variaciones dentro de un guión que, sin embargo, ya está escrito.

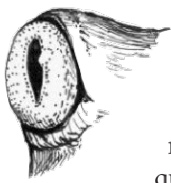
La debilidad de la propuesta de Butler, consecuencia de su pesimismo respecto a la posibilidad de desafiar verdaderamente el poder, encuentra respuesta en las prácticas de ‘subversión del género’ de una cierta subcultura queer que se limita a jugar con las normas o a promover la libertad de expresión pensando que una desestabilización simbólica de los significados o del lenguaje es suficiente para causar heridas al sistema dominante. No se trata de un reformismo que hace un llamado a las instituciones o promueve cambios legislativos, sino que actúa desde abajo apostando por un cambio cultural, gradual y no conflictivo, que por mucho que pueda ser un alivio de la opresión cotidiana para los individuos involucrados, es poco incisivo en general.

El resultado son prácticas que, aunque inicialmente pueden resultar transgresoras y perturbadoras para el orden social, son rápidamente asimiladas en el programa de eso que se considera aceptable o aún mejor vendible, en cuanto compatibles con una sociedad liberal que quiere darse una imagen de inclusividad. Es incisiva en este sentido la crítica que Leo Bersani, (considerado uno de los autores queer más interesantes de la corriente antisocial) dirige hacia Butler:

Seamos más precisos: la redefinición no es capaz de destruir nada, solo puede ostentar a la cultura dominante actitudes transgresivas privadas, sin embargo, de cualquier efecto político. ¿Es verdaderamente subversivo todo esto y, aún más fundamental, qué significa subversivo? La subversión, otro elemento central en el pensamiento de Butler, según el diccionario significa en primer lugar, derrocar un sistema, pero en el lenguaje político de los docentes universitarios parece asumir un significado mucho más débil, y referirse a ese comportamiento que minaría principios generalmente aceptados. En cualquier caso, es muy difícil que la redefinición, o la reexhibición, o la imitación hiperbólica de algo logren tener un efecto subversivo. Estas actividades imitativas están demasiado sometidas a las normas de las que ellas mismas son la continuación. Mientras los brotes para la subversión vengan proporcionados por los objetos a subvertir, la reapropiación, por mucho que se demore, será inevitable: re-apropiación, y re-idealización. (*Homos*, p.54-55)

Esto no significa que como contraste la solución sea recurrir a los valores tradicionales patriarcales o a esencial-





smos de género (como hacen algunos/as reaccionarios/as disfrazados/as de anarquistas), sino que solamente significa que aunque algunas prácticas puedan resultar fortificantes a nivel individual porque llevan a una mejora en la propia calidad de vida, no quiere decir que debiliten de algún modo las estructuras opresivas de la sociedad. De la misma manera se podría hablar de toda una serie de prácticas del espectro anarquista, de todos esos proyectos positivos y propositivos que, en vez de ponerse en conflicto con lo existente, quieren mostrar que la anarquía es factible en nuestros territorios en todo momento: huertos urbanos, distribución de comida en los barrios populares, proyectos en la periferia, escuelas autogestionadas, talleres de reparación de bicicletas, hacklabs, mercados de intercambio, guarderías para niños, medios independientes, ecoaldeas, y así sucesivamente. Proyectos que en sí parecen tener mérito pero que si no llevan adelante al mismo tiempo una instigación para rebelarse concretamente contra el poder, resultan absolutamente inocuos, o incluso sirven de inspiración para una democracia más participativa y una ciudadanía más inclusiva y ecosostenible.

Respecto a Butler, otros autores del espectro queer, como los mucho más negativos Guy Hocquenghem, Leo Bersani o Lee Edelman, son absolutamente reacios a la idea de dejar espacio a propuestas o proyectos positivos que aporten una mejora a las condiciones de vida de las personas queer, fomentando en cambio una aceleración sobre el potencial destructivo de la *asocialidad* queer. El principal objeto de crítica de estos autores, más que las teorías de Butler (también porque Hocquenghem es anterior a Butler), son las políticas de integración perseguidas por los movimientos LGBT filo-institucionales a partir de los años '80, con un claro cambio de perspectiva respecto a la actitud revolucionaria del decenio precedente. Bersani también resume así su crítica hacia las políticas de asimilación, de resignificación del dominio o de los pequeños pasos:

Si hoy muchos gays rechazan una identidad homosexual elaborada para ellos por otros, también es verdad que la sociedad heterosexual dominante no tiene la necesidad de convencernos de su naturaleza para seguir ejercitando y gozando de los privilegios que derivan de ella. La desconfianza sobre la identidad que nos viene impuesta nos obliga a explotar subversivamente ciertas identidades normativas, a buscar, por ejemplo "redefinir" la familia para esos grupos que representan un desafío a las ideas preconcebidas de lo que caracteriza a una familia. Por muy apreciables que sean, estos esfuerzos llevan a la integración más que a la subversión: después de haber desechado sus hábitos gays, los homosexuales se han conformado con la cultura que creían poder poner en crisis. De otra manera, después de haber abandonado por "realismo" lo que un estudiante de homosexualidad ha definido como una "visión milenarista" de fin del dominio, uno se resigna a la micropolítica de las batallas locales para obtener democracia participativa y justicia social, lo que equivale a admitir tener ambiciones políticas análogas a esas reproducidas sobre los adhesivos para coches que invitan a "pensar a escala global" pero a "actuar en el territorio". (*Homos*).

Al contrario, Bersani propone de redescubrir los impulsos *anticomunitarios* innatos a la homo-ness, de asumir, en vez de rechazar, la visión perturbante que la sociedad proyecta sobre la homosexualidad, en particular sobre la sexualidad gay masculina. La pasividad anal, la promiscuidad, el SIDA, el puro placer no procreador, el sexo en los lugares públicos, el éxtasis del "hacer sexo como una mujer", la corrupción de los jóvenes... a través de esta caracterización, la homosexualidad viene a ser considerada una amenaza para la familia burguesa capitalista así como para la perpetuación de la sociedad civil y de la propia especie humana; en particular para el poder seductor ejercitado por la promesa de un placer que es pura satisfacción egoísta sin ninguna utilidad social, placer que también es "auto-aniquilación" ya que trastorna la coherencia del Yo y anula sus límites. Para Bersani es el mismo deseo homosexual lo que muestra "una inactitud potencialmente revolucionaria hacia la socialidad tal y como la conocemos", y es precisamente aquí donde reside su potencial más radical, una vía de oposición a las órdenes sociales dominantes. Sin este rechazo a la socialidad, "la revuelta social está destinada a repetir las condiciones opresivas que la han provocado" (p. 166). Entonces, en vez de tranquilizar a la sociedad sobre la propia respetabilidad burguesa y el mismo hecho de ser buenos ciudadanos, buenos padres, buenos soldados, buenos sacerdotes, Bersani propone reevaluar esas formas de relacionalidad gay que no aspiran a entrar en la comunidad dominante sino que por el contrario, se ponen en clara irreconciliabilidad con ella,

para pensar en la homosexualidad como un elemento verdaderamente disruptivo, una *fuerza* que no se limita a los modestos objetivos de tolerancia para obtener estilos de vida diferentes, pero que en cambio impone la elección, políticamente inaceptable y a la vez indispensable, de una existencia fuera de la ley (*Homos*, p.79).

Como ejemplo habla de los personajes y la propia vida de Jean Genet, en los que homosexualidad y criminalidad están estrechamente relacionados: el sodomita, el chaperero, la marica, el enemigo público, el preso, el estafador, el ladrón, el asesino son parte de un único entramado criminal y clandestino, que comparte intimidad y actos delictivos. Porque, para Bersani, en una sociedad donde la opresión es estructural, constitutiva de la propia socialidad, solo los desechos de la sociedad, es decir, los errores y los parias de esa sociedad, pueden ser una paradójica promesa de fertilidad y de renovación. La propuesta de avivar este vínculo entre homosexualidad y criminalidad volverá también en las elaboraciones de algunos de los grupos queer radicales más recientes, como veremos a continuación.

Transportando esta crítica a los ámbitos de la lucha anarquista, notaremos que estos últimos no están exentos en algunos casos de actitudes humanitarias y de la búsqueda de la aceptación social. Algunos ejemplos de ello son los posicionamientos de exxs anarquistas que toman distancias de acciones violentas o que dialogan con los jueces en los tribunales para explicar sus buenas intenciones; las ya citadas actividades asistenciales en los barrios; el mimetismo entre la "gente común" o la clase media, que va de la mano

con un ocultamiento de las propias ideas reales e intenciones subversivas, como estrategia de intervención anarquista en algunas luchas sociales. Esta ansia de gustar a la gente y de parecer buenas personas (en parte para la búsqueda de consenso y en parte para protegerse de las posibles repercusiones represivas del propio actuar), provoca el efecto, entre otras cosas, de impedir el posible encuentro con las tensiones criminales y las malas intenciones de otros potenciales cómplices, a cambio de una eventual simpatía arrancada a los componentes sociales más inocuos que aceptan valores ciudadanos como la legalidad.

Antes de cerrar el ‘constructivismo radical’ en una caja y pasar a analizar las ideas de otros pensadores queer antisociales, quiero enfocarme en el hecho de que si bien el pensamiento de Butler no se puede considerar radical en el tipo de proyectualidad que esboza, sí que lo es en su parte demoleadora, aunque con algunos límites. Su análisis es implacable en la precisión y lucidez con las que desvela las construcciones del poder y sus efectos sobre nuestra subjetividad y sobre nuestras relaciones. Con un planteamiento inédito, quiero abrir la cuestión de cómo la concepción del sujeto de Butler puede ir a interrogar la naturaleza del individuo stirneriano.

Considerado el teórico de un anarquismo individualista, Stirner es uno de los críticos más feroces de toda dimensión ideal, conceptual y universal que lleve a la alienación del individuo. Él pone por lo tanto bajo acusación todas aquellas relaciones y aquellas ideas abstractas que son ajenas al desarrollo íntimo del yo, esos “espectros ilustres” que distraen al sí de su dimensión auténtica sustituyéndola por sucedáneos bajo forma de instituciones sociales o ideas fijas. Conceptos sacralizados como Dios, patria, familia, moralidad, humanidad, legalidad, sociedad, incluso libertad... en nombre de los cuales el individuo está llamado a someterse y sacrificarse, pero que, como dimensiones universales, no representan más que fantasmas vacíos, porque solo el ego es el horizonte del auténtico vivir. En la formación de estos fantasmas y en su fijación en la consciencia tienen un rol fundamental la educación y la cultura dominantes. Stirner distingue entre los sentimientos que nos vienen dados y esos que nos vienen solo estimulados: solo estos últimos son míos, egoístas, mientras que los primeros se me han inculcado, sugerido e impuesto como sentimientos de otros, me son ajenos, pero precisamente por esto se vuelven “sagrados” y es difícil liberarse del temor que se tiene de ellos. La sociedad no nos permite sentir eso que verdaderamente deseamos sentir y pensar en un momento concreto, pero nos ordena e inculca lo que es socialmente justo sentir y pensar: la conquista de un sentimiento verdaderamente *propio* cuesta mucho esfuerzo.

La teoría queer de Judith Butler podría ser considerada, en cierta manera, como la continuación del trabajo de Stirner en su demolición de los fantasmas que obsesionan al individuo y lo privan de su autenticidad; ella contribuye a

su teoría con su deconstrucción de las dimensiones del género y de la sexualidad, que Stirner, en su día, no había tomado en consideración. ¿Qué otra cosa son, de hecho, si no construcciones que aplastan, aplanan, uniforman la unicidad del individuo, todos esos roles sociales impuestos, esos estereotipos, esas categorías (de carácter legal/científico/religioso, etc.) relativas al género y a la sexualidad, que encierran la complejidad de nuestras inclinaciones y de nuestros deseos y justifican las relaciones de poder que se rigen sobre estas?



Los análisis de Butler demuelen con potencia argumentativa la supuesta naturalidad y universalidad de estos conceptos, que precisamente porque vienen impuestos desde lo externo, uniforman el sí y sus relaciones en un sentido fuertemente normativo. Una toma de consciencia respecto a estos mecanismos es imprescindible en un recorrido individual de conquista de la propia libertad, que pasa necesariamente a través de la liberación de todas las influencias externas a las que estamos sometidxs: una “libertad por...”, que todavía no es, sin embargo, “libertad de...”, porque ser libre de algo significa solamente estar privadxs de algo, mientras que en contraste también hace falta ser “propietario” de algo, es decir, de unx mismx, en cada momento y en cada situación, para poder decirse libre de verdad. Pero este ser unx mismx no puede ocurrir hasta que unx no se haya liberado de eso que nos ha sido ordenado ser y nos ha sido inculcado fuertemente por la sociedad.

El punto sobre el que aparentemente divergen Butler y Stirner parece ser precisamente esta concepción de un Sí mismo auténtico. Stirner parece sugerir que es posible desenterrar, desde debajo de los escombros de la deconstrucción, una individualidad que nos pertenece, un núcleo fundamental de la personalidad que existiría antes y más allá de las influencias sociales. Butler es más escéptica al respecto, porque si el propio modo en que concebimos nuestra subjetividad ha sido forjado por el poder, entonces parece imposible salir verdaderamente del cuadro conceptual del contexto histórico y cultural en el que vivimos. El problema es crucial y lleva a conclusiones prácticas muy diferentes. Diferentes personas anárquicas, de hecho, en consonancia con una interpretación superficial de Stirner, llegan a definirse con demasiada prisa como individuos libres, con la convicción de que basta con identificar las normas sociales más evidentes para liberarse de la influencia que estas ejercen sobre la propia subjetividad. Esto lleva a una calcificación dentro de sí de esas normas sociales y morales que no han sido exploradas suficientemente, confundidas en ese punto como parte del propio yo y por lo tanto elevadas a dogmas, a realidades sacralizadas y estáticas (precisamente porque son entendidas como provenientes del propio sí auténtico) que no es posible cuestionar. El individuo que se quiere libre demasiado pronto, después corre el riesgo de fosilizarse y caer en un inmovilismo

² NdT. ...una “libertà da...”, che non è però ancora “libertà di...”. Se refiere a que una libertad “de algo” (libertad de deshacerse de algo que nos oprime) todavía no es una “libertad de hacer algo”.

de pensamiento que resulta ser una nueva jaula, similar a aquella de la que quería huir. Por otro lado, la concepción de Butler, que parece sugerir la imposibilidad de acceder a una autenticidad cualquiera del yo, o por lo menos distinguir lo que hay de realmente único dentro de nosotrxs de eso que hay de construido, puede llevar a una crisis interior que no va en la dirección del auto-reforzamiento, sino en la del auto-replegamiento, por la sensación frustrante de no saber reconocer la propia voluntad real.

Pero si nos detenemos a leer con atención las palabras de Stirner, veremos cómo su concepción de individualidad no es la de un núcleo esencial de la persona que hay que descubrir de una vez por todas, sino la de una autodeterminación que se pone continuamente en el horizonte de la creación, que “debe crearse cada día de nuevo”. La revelación del sí en la liberación de todo lo que es ajeno y la consiguiente erradicación de toda autoridad no son para siempre, sino que son procesos que duran toda una vida, que nunca se cumplen definitivamente. En Stirner no hay un concepto de fijación del yo, ni una esencia por descubrir; eso que definimos como yo no es otra cosa que la suma de nuestros actos, de nuestros pensamientos, de nuestras experiencias y de nuestras sensaciones en su devenir, es por lo tanto algo que recreamos a cada instante:

Al evolucionar te liberas de «de ti mismo», es decir, del “yo” que eres a cada momento. Lo que eres a cada instante es tu

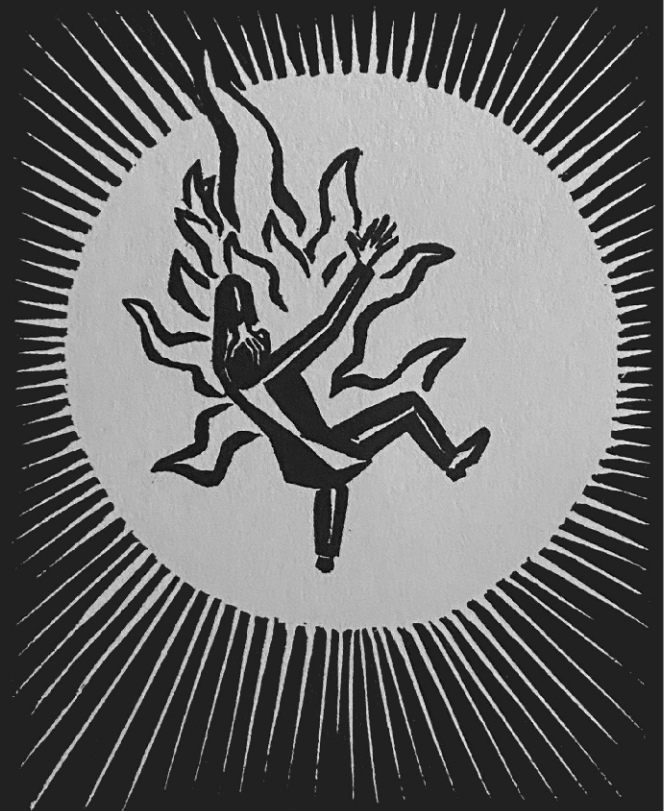
creación, y en esta «creación» no puedes perderte a ti mismo, el creador (*El único y su propiedad*).

Actuar como individuxs significa por lo tanto dejar espacio a la posibilidad de expresión de la propia voluntad y al devenir del sí, prestando especial atención a no caer presxs de las sirenas cautivadoras de las ideologías: porque es precisamente el propio acto de la continua creación de sí, en su sucesión de momentos de muerte y renacimiento del yo, eso que forma nuestra unicidad. Un sí que nunca es estático sino que se cuestiona continuamente a sí mismo, que se transforma incluso en virtud de su interacción, a menudo conflictiva, con el exterior. Es también por este motivo que el ser-único, en su dinamismo, no se proyecta únicamente hacia la interioridad, sino que también es un ser-en-revuelta contra la sociedad, sociedad que se basa en leyes universales que constituyen necesariamente un estorbo para la manifestación de una voluntad propia. Me parece que esta fórmula resuelve de manera satisfactoria los problemas planteados por las dos interpretaciones precedentes, reconciliándolas con un dinamismo del individuo que es saludable como un antídoto contra el dogmatismo y al mismo tiempo revoltoso hacia todos esos impedimentos que obstaculizan la libre expresión de su unicidad.

Final de la 1era parte.

Un abrazo

*Abrazar un ideal de libertad
no puede ser sino una elección sufrida.
La pasión escuece.
Incluso a unxs mismxs.
Es más fácil contemplar una idea inalcanzable
como platónicos contemporáneos
el sol del porvenir.
Sobrevivir,
a la debida distancia de la utopía.
Pero es mejor vivirla,
despertar más allá de la realidad
no solo hacia,
sino a través de la anarquía.
En las propias heridas aparece por reflejo
el valor de la propia vida.
No porque en ella haya solo sufrimiento,
sino porque en ella se esconde
un deseo sumamente intenso
de abrazar con afecto
incluso la inevitabilidad del dolor.*



... TIENE UN NOMBRE QUE DA MIEDO

Cada vez me doy más cuenta de lo limitadas que son realmente las palabras en la búsqueda de representar algo real, vivo, complejo. Si “definir” significa etimológicamente “excluir”, ya que, cada vez que se define se traza un límite entre lo que “es” y lo que no “es”, entonces me viene la tentación de no utilizar nunca nombres concretos, definiciones claras, no utilizar “etiquetas”. Porque el nombre simplifica una realidad mucho más compleja, multiforme y sobre todo susceptible de variación continua, respecto a su propio léxico.

Cuando se habla de Nihilismo, yo siempre tengo miedo de ser mal interpretadx, equivocadx, y sobre todo creo que al poner una definición tan “limitada” el diálogo puede quedar estancado en prejuicios y convicciones de las partes en juego.

Yo no sé casi nada del nihilismo filosófico, y además ni siquiera trago a Nietzsche, pero hablo de nihilismo.

No me refiero a ninguna escuela o corriente de pensamiento al hablar de nihilismo, pero me gustaría tratar de definir lo que el nihilismo “de praxis” significa para mí; ese filtro interpretativo que uso en la vida.

Sigo pensando que en la concepción “mainstream” la palabra nihilismo es confusa y tiene rasgos que se solapan con una variante de la resignación, de la pasividad práctico-esencial, y de cierto pesimismo snob, que hace caer sobre todo y todxs una sombra de “sentido de inutilidad universal”.

Incluso en ambientes anarquistas, el nihilismo, aunque se lo considere con una cierta dignidad intelectual, viene un poco acompañado por el estigma de que se arrastran equis condenadxs entre equis condenadxs, equis últimxs entre equis últimxs, en resumen, una especie de minoría inadaptada entre una minoría aún más escasa de individuos dentro de la jaula social.

Yo creo que tener una tensión nihilista en la vida (no diré “ser nihilista”) significa, antes que cualquier otra cosa, no tener una tensión “positiva” hacia la existencia. Positiva en el sentido de constructiva, definitoria, afirmativa.

Es decir, no tener una tensión, unas ganas, un imaginario proyectado hacia la construcción de otra cosa, sino más bien una visión en negativo del presente, movida por la concepción de que no puede haber nada más antes de la destrucción del existente. Tanto en ámbito social y/o colectivo, como en mi esfera íntima e individual.

No se puede llenar un vaso que ya está lleno, decían algunxs nativxs salvajes, y por eso creo que si quiero cam-

biarme a mi mismx, primero tengo que negar todo lo que me ha edificado como individuo hasta ahora, partiendo de todas las diferentes capas de identidad estereotipadas y listas para el consumo de masas.

Exactamente pienso que se puede aplicar el mismo proceso en el contexto social: no queriendo una “transformación” del mundo existente, sino su negación total para luego, si fuera posible, poder construir otra cosa que ahora no puedo imaginar, me empeño en la destrucción de todo lo que rige este sistema de cosas: estructuras, roles, imaginario, personas.

Para mí el nihilismo es, en el transcurso de mi vida, un instrumento práctico que me permite hacer pasos en el vacío: no saber qué es lo que podré desear mañana, si existiese un mañana, pero partir de lo que estoy seguro que hoy no quiero, aquí y ahora, para usar una expresión gastada.

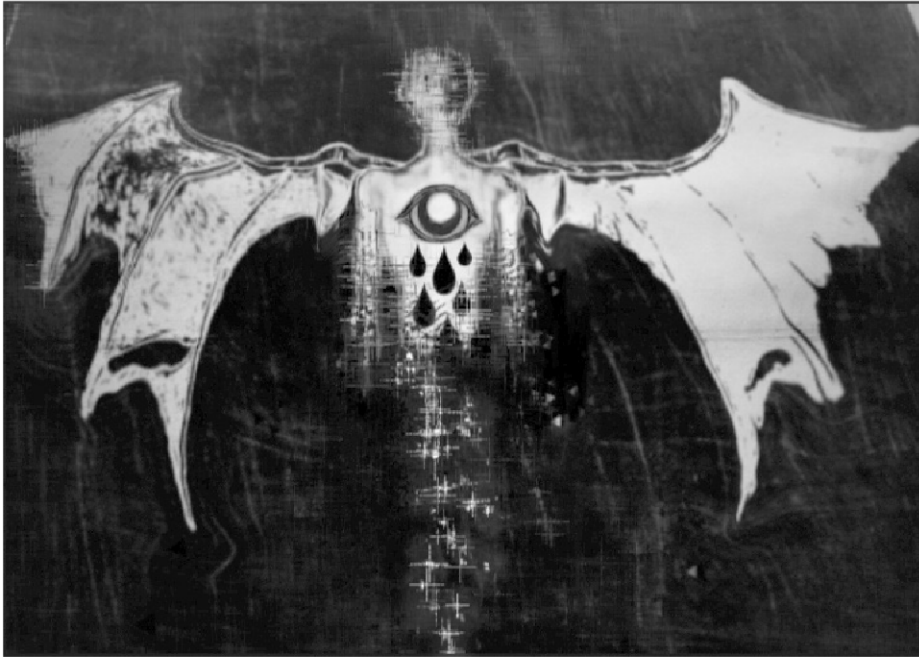
He escuchado decir que equis nihilistas no creen en nada, y estoy convencido de que es así, incluso no creo en el nihilismo, porque si un instrumento de interpretación de la realidad y de acción deviene una especie de “libro sagrado” del pensamiento (¡es decir, creer en el no creer en nada!) entonces se vuelve a caer en el dogma.

La duda es el arma que puedo usar para no tropezar en la edificación de la enésima catedral (incluso atea) porque el riesgo más ínfimo de mi fugaz condición de humano es el afán de la búsqueda de sentido.

El celebre Max decía haber edificado su causa en el nada, yo temo que incluso este “nada”, cuando se convierte en un sustantivo y viste la “N” mayúscula, puede fácilmente devenir un nuevo altar, una nueva confesión, un nuevo “fantasma” como habría dicho él mismo.

Por esto considero el nihilismo un instrumento, y no una filosofía de vida: dudar de todo, demoler cualquier certeza, para que ninguna elección sea tomada por adhesión a un principio o a una serie de principios, sino que sea la elección más “pura” de lo que siento que quiero hacer en ese momento, en ese lugar, para responder a mis impulsos pasionales.

Creo que es muy difícil vivir, como seres humanos civilizados y además occidentales, sin aferrarse, aunque sea un poco, a alguna certeza. Los pretextos metafísicos que los humanos se han creado (dioses, religiones, ciencia, futuros luminosos, morales...) me parece que actúan como una especie de anticuerpos espirituales ante la propia esencia del nihilismo: nada tiene sentido (significado) a priori. Si lo que queremos es encontrar un sentido debemos indagar



nosotrxs mismxs y respondernos, cada vez.

Esto es completamente incómodo y origina (al menos en mi) una sensación amplia y penetrante de inquietud.

Si nada tiene sentido “de por sí” (desde la revolución, pasando por la hermosa relación con un compañerx hasta la muerte) entonces creo que se abren esencialmente dos caminos; o se logra vivir sin ningún pretexto metafísico, de pura inmanencia (como algunas doctrinas Zen pretenden hacer, sin por esto tener nada que ver con el nihilismo), o bien cualquier gesto, cualquier evento, cualquier manifestación de vida, deviene a su vez una indagación sobre nosotrxs mismxs: ¿qué significa hacer o no hacer esa determinada cosa? ¿Qué significado damos a este actuar o no actuar?

Tener una tensión nihilista en la vida, para mi no significa no desear la vida. Creo que significa tener una concepción de la vida diametralmente opuesta con quien hace del vivir un espejo de su propia imaginación, un altar de sus propias convicciones, una representación de eso que “queríamos que fuera” (y sin embargo, como siempre, nunca es como quisiéramos).

Creo que se puede apreciar hasta la adoración, al amar (no me refiero “al amor romántico” del patriarcado) la propia vida o la vida ajena sin tener que proyectar por la fuerza nada de trascendental: como observar un río que fluye y gozar de su existencia, sin finalidad, sin origen, sin meta.

Incluso sin tener en cuenta las iglesias de los colores y orientaciones más variadas, el pensamiento occidental dominante ha asumido en sí una especie de “sacralidad de la vida”. Una sacralidad extremadamente materialista, donde cada aspecto de la vida es cuantificable, adquirible, sub-

stituible. A pesar de todo el poder, en sus mas amplias formas, nos enseña que vivir es una ocasión única, intrínsecamente importante, especial (tan especial, que el poder nos prohíbe suicidarnos, y nos empuja, si tenemos los medios económicos, a rehuir la decadencia de la vida a través de trampas medico-tecnológicas).

Yo no pienso que haya nada de especial en mi vida, ni en la vida de ningún ser vivo como tal. Nosotrxs damos significado a los acontecimientos y a las manifestaciones de la vida, no lo contrario. Así como los humanos han creado a Dios, no lo opuesto.

No creo que una vida vivida a la sombra de alguna “alología”, una vida por

ello llena de sentido, sea preferible a una vida que no tiene ningún sentido... y tampoco creo lo contrario. Son simplemente diferentes, incompatibles.

Yuxtaponer a esta tensión de vida una ética anárquica no está en contradicción para mí, desde el momento en que mi ética (que incluye también sentimientos de esa que podemos definir justicia colectiva o venganza) es solo y exclusivamente mía. No pretendo que sea cualitativamente preferible o incluso superior a otras, ni me impongo luchar por alcanzar un ideal que no sea inmediatamente la satisfacción de mis tensiones contextuales.

Si encuentro almas afines y cómplices con quienes compartir tramos de camino, será gracias a nuestra constante reafirmación de las relaciones y de las finalidades de nuestro actuar, no porque compartamos una serie de principios, o tengamos una “historia” en común. Quiero dejar claro que no tengo una opinión negativa respecto a estas diferentes formas de vivir el anarquismo, siempre que no se pretenda dar carnés de legitimidad, o desautorizar, o tachar de impostura. No es que esto me afecte, pero lo considero una insoportable prueba de arrogancia por parte de quien se otorga el poder de la “objetividad”. Esto es anarquista, esto no lo es. Pero ya estoy divagando.

En pocas y simples palabras lo que creo que es el nihilismo para mi: una cuchilla afilada que rompe los velos grises (o dorados) de las certezas, un toque de oscuridad en una selva desconocida, por ello un paso hacia el sentirse noche, más que el intento de alumbrar ahí donde las tinieblas reinan majestuosas e indiferentes.

ATAQUE INCENDIARIO

en las oficinas de la Autoridad Forestal Nacional

Aubenas (Francia) 5 octubre 2020

Publicamos esta reivindicación de una acción ocurrida en Francia aparecida en roundrobin.info

He oído decir que los bosques deben ser “gestionados”. Peor, que deben estar “limpios”.

He oído decir que los bosques deben estar “configurados”, para ser rentables, accesibles, atractivos. Que es oportuno que la gente pasee en ellos los domingos, sobre senderos fiables y espaciosos, con los perros atados, picnics en mesas utilizadas para esto.

He oído decir que los bosques deben ser “protegidos”. Es decir, “controlados”.

He oído decir que los árboles deben plantarse en fila, para producir cuadernos sobre los que escribir apuntes interesantes, libros de contenido insípido, revistas absurdas y estanterías para ordenar todo esto.

He oído decir que, gracias a las leyes y a los partidos ecologistas, que había que apoyar, teníamos los medios para defender el bosque de los malvados industriales.

He oído decir que no había que recoger la leña muerta, para no perturbar un ecosistema frágil.

He oído decir que no había que salir de los caminos, para no estropear las plantas.

He oído decir que pasear solo/a en un bosque podía ser “peligroso”.

He oído decir que no se podían hacer fuegos, porque esto podía destruir el bosque. Pero con la tala de todos los árboles, ¿no hay problema?

He oído decir que durante el confinamiento se podía ir a los supermercados, pero no a recoger plantas. Que en otros momentos hay que conseguir un permiso. No el permiso de las plantas, mis queridos/as ingenuos/as, sino el permiso de la administración pública.

He oído decir que debería estar contento/a de la existencia de los “parques naturales”.

He oído decir que los bosques tienen propietarios. Que estos propietarios no son sus habitantes provistos de pellos, de plumas y de corteza.

He oído decir que estos/as habitantes deben estar regulados/as a través de cuotas de caza.

He oído decir que los perros deben estar atados, pero que los seres humanos –que poseen un permiso del Estado– podían matar a voluntad, con armas tan sofisticadas que ya ni siquiera se preguntan cual es su presa.

He oído decir que había que sensibilizar sobre el “respeto hacia la naturaleza” a los/as jóvenes que crecen en medio del cemento.

He oído decir que una sociedad ultra-tecnológica podía ser “ecológica”.

He oído decir que se cualifica con el apelativo “sostenible” y “ecológico” a la destrucción del 99% de los árboles

de un terreno, la formación de surcos de 40 cm de profundidad en el fango y los monstruos de metal, nutridos con petróleo, necesarios para hacer todo esto. He oído el rumor de los árboles que caen, de las máquinas que arrasan, el ruido de los 4x4 de los “protectores” del bosque.

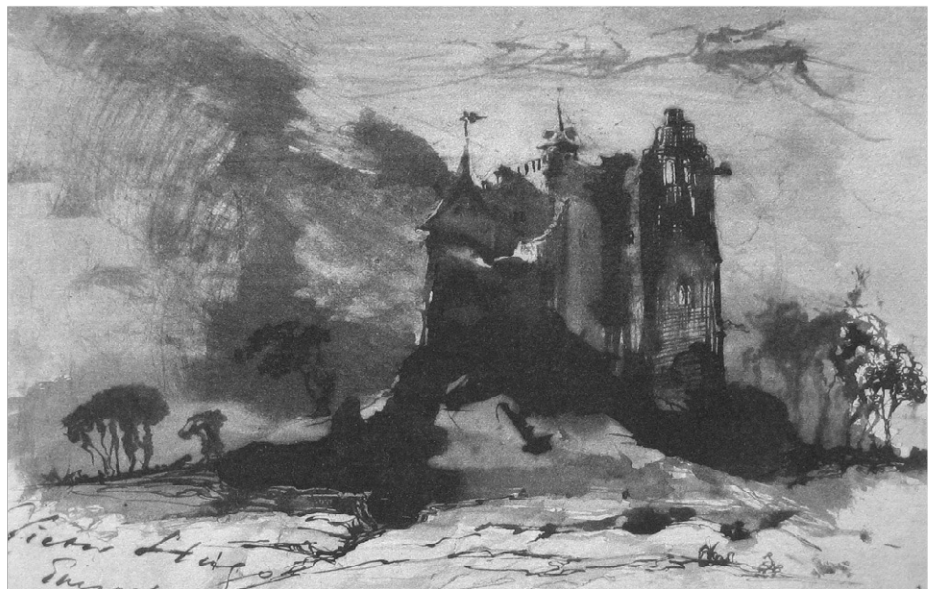
He oído decir que una serrería podía ser “autogestionada”. La explotación de la leña optimizada, al servicio de una causa justa, de la “alternativa”.

He oído decir que había que plantar árboles para salvar a la especie humana.

He oído decir que se podía plantar un árbol comprando un paquete de pasta.

He oído decir que los árboles podían curar el cáncer. ¿Pero quién los curará de nuestra presencia?

Entonces me he tapado las orejas y he gritado. He gritado tan fuerte que las hojas de los árboles se han estremecido. He gritado hasta tan lejos que mi voz y las otras se han marchitado. Al



volver el silencio, me he acordado de otras cosas que había aprendido.

He aprendido que el control de los bosques significa el control de las poblaciones, el control de mi vida.

He aprendido que el ser humano es estúpido, cobarde, ignorante o tristemente realista. Que cuando le dan dos patadas, cree que es por su bien, o se alegra de que no le den una tercera. Que es hasta feliz por haber salido de su "estado natural". ¡Bonito paso hacia adelante!

He entendido que no amaba el bosque solo por la riqueza de la vida, de la muerte, y de eso que hay entre las dos, que la constituye; que mi repulsión por el destino que se le ha reservado no era simple empatía, sino que tam-

bién eran mis propias posibilidades que se encontraban reducidas, controladas, configuradas, destruidas.

Luego me he acordado de los actos de sabotaje contra la destrucción de los bosques. De los vehículos vandalizados, de los aserraderos quemados, de los humanos atacados.

Me he acordado de que podía actuar y no limitarme a quedarme sordo y ciego para protegerme. Así que he participado en el ataque incendiario contra las oficinas de la Autoridad Forestal Nacional, en Aubenas, la noche del 5 al 6 de octubre.

Un acto claramente irrisorio, frente a la destrucción, alrededor del planeta, de lo que queda de vivo en este mundo. Sin embargo, un acto que quiere

significar más que su impacto concreto. Y escribo para que no sea una simple noticia de actualidad ignorada por los medios. Porque esto también significa que es posible organizarse para atacar directamente a esta sociedad de gestión, de control y de explotación.

Una sociedad que se encuentra en nuestros comportamientos contruidos, los cuales deben ser combatidos; pero también en las instituciones, que no hay que olvidar buscar la manera de destruirlas.

Un saludo, en esta ocasión, a esos y esas que no se han olvidado de atacar, de no someterse, de reflexionar y de buscar tentativas.

Coraje a esas y esos que están en la cárcel por sus ideas y sus actos.



Misterio clausurado

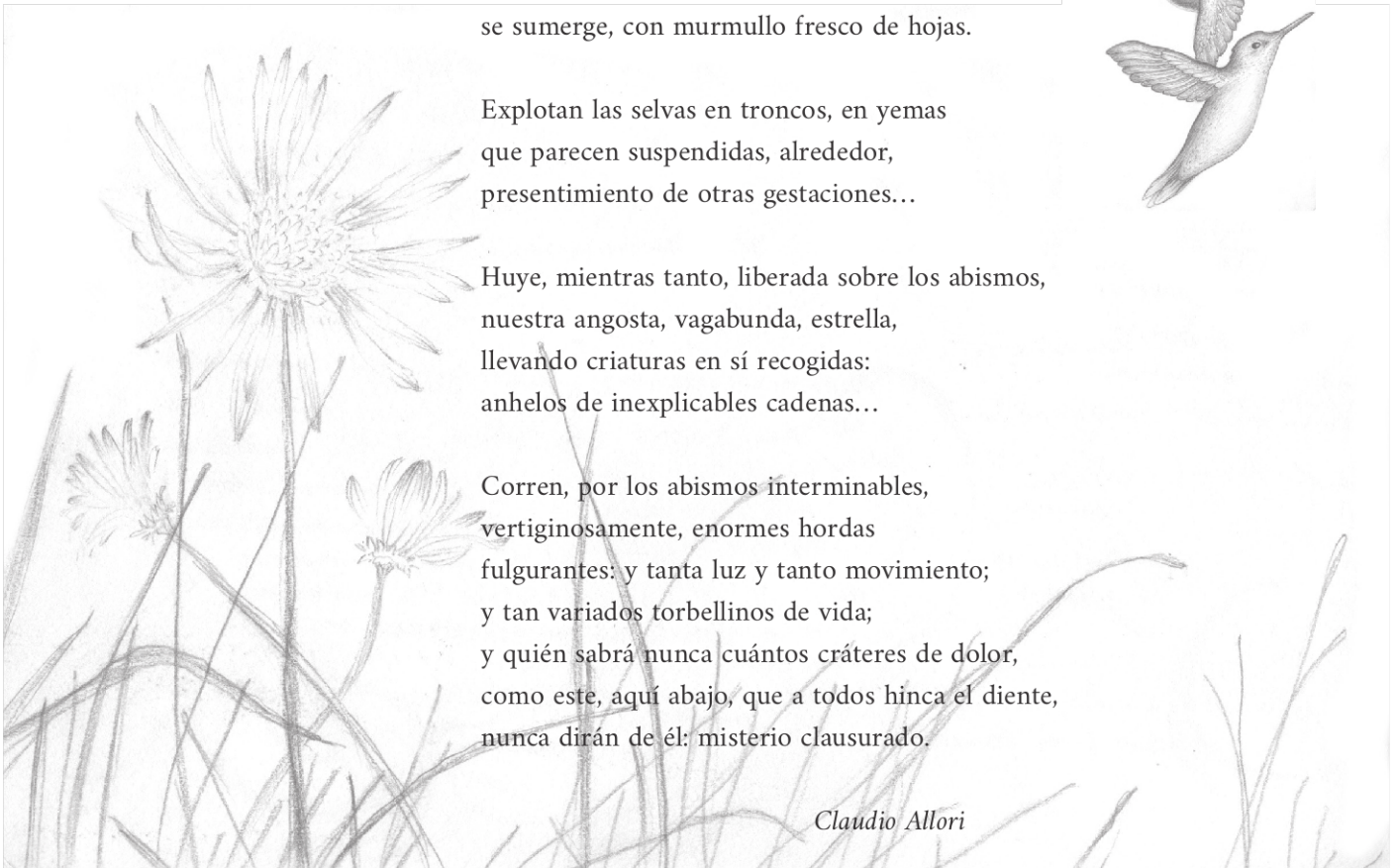
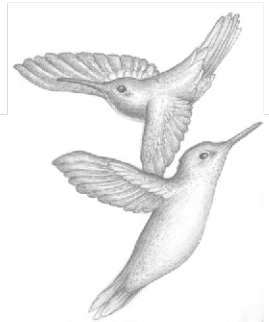
Vaporean sobre los cilios húmedos aromas
y, en el enredo de los matorrales, el viento
se sumerge, con murmullo fresco de hojas.

Explotan las selvas en troncos, en yemas
que parecen suspendidas, alrededor,
presentimiento de otras gestaciones...

Huye, mientras tanto, liberada sobre los abismos,
nuestra angosta, vagabunda, estrella,
llevando criaturas en sí recogidas:
anhelos de inexplicables cadenas...

Corren, por los abismos interminables,
vertiginosamente, enormes hordas
fulgurantes; y tanta luz y tanto movimiento;
y tan variados torbellinos de vida;
y quién sabrá nunca cuántos cráteres de dolor,
como este, aquí abajo, que a todos hinca el diente,
nunca dirán de él: misterio clausurado.

Claudio Allori



Dios está muerto,
larga vida a internet

El crepúsculo de los ídolos
aún debe llegar.

Miseria terrena habrá
mientras la promesa
de otra vida resida
en el corazón y en la mente
de los oprimidos.

El cielo ha abdicado
a favor de la pantalla.

El martillo nunca ha
encontrado enemigo más frágil.

Que el ímpetu iconoclasta
de la feroz libertad
arremeta contra las columnas
erigidas en nombre de esta
nueva y omnipresente
divinidad



*Un saludo cómplice a quien, por las propias acciones o ideas antiautoritarias,
se encuentra secuestradx por el Estado, a quien se encuentra bajo proceso judicial,
a quien se encuentra en clandestinidad.*

En esta revista nos tomamos la libertad de citar o saquear ideas, frases, imágenes de varixs autorxs, pero esto no significa que compartamos la totalidad de su pensamiento o de sus elecciones de vida.

Para escribirnos: **CALIGINE**, Sobborgo Valzania 27, 47521 Cesena (FC) Italia
E-mail: caligine@riseup.net

Especificamos que la dirección indicada pertenece a un espacio libertario que generosamente ha concedido su uso y que no por fuerza comparte los contenidos expresados en la revista.